7109

Mi casa es un infierno

Tres actos cómicos, de Fernández del Villar

50
cts.

Cubierta

de

este

número:

la

gran

actriz

Rosario

Pino

JOSE FERNANDEZ DEL VILLAR

MI CASA ES UN INFIERNO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA
ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Poliorama, de Barcelona, la noche del 26 de mayo de 1931, y representada por primera vez en el Teatro, Alcázar, de Madrid, la noche del 2 de junio del mismo año.

DIBUJOS DE
GUTIERREZ NAVAS

LA FARSA

AÑO V | 18 DE JULIO DE 1931 | NÚM. 201
MADRID

ROSARIO
PINO
Giuliana Nava

A MI MADRE

Consuelo de mis horas, razón de mi vida, alegría y gozo de mi corazón.

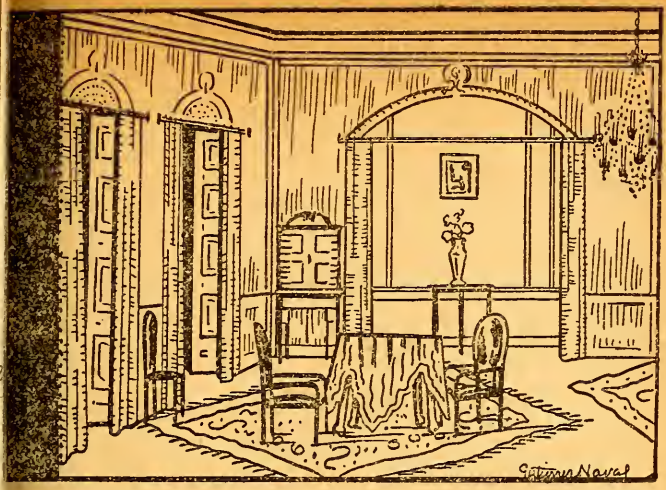
Con el entrañable cariño de su hijo

PEPITO

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Angeles	Rosario Pino.
Rosa Luisa	Mercedes Prendes.
Carmelina	Carmen Prendes.
Candelaria	Alejandrina Caro.
Salud	Adelina López.
Aurelia	Almudena Medina.
Don Francisco José de Arimatea	Emilio Thuillier.
Pablo	Antonio Armet.
Pachín	Francisco Alarcón.
Antonino	Enrique San Miguel.
Bermúdez	Salvador Sala Caro.
Don Dimas	Benito Cobeña.

La acción en Madrid.—Epoca actual.—Derecha e izquierda del lado de los intérpretes.



ACTO PRIMERO

Saloncito particular de forma irregular, lleno de comodidades y de confort, en casa del general don Francisco José de Arimatea Quiñones de Aragón y Pérez del Llano. Puerta al foro, que da a un pasillo, la derecha del cual se supone que lleva a la calle y la izquierda al interior de la vivienda. En el lateral derecha, dos puertas, y una en el de la izquierda, que conducen a otras tantas alcobas. Mesa de escritorio, cama turca, mesitas y sillas volantes, alfombras, cortinas, tapices, almohadones, cuadros, teléfono automático, amplios butacones, lámparas, etc., etc. Todo rico y de buen gusto. Se imagina que comienza la acción en la mañana de un domingo de mayo.

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. A poco salen a un tiempo, por la derecha del foro, PABLO, y por la primera puerta del lateral derecha, su mujer, ROSA LUISA. Ambos son jóvenes. El viste de uniforme de diario de capitán aviador y ella un sencillo traje de calle mañanero.)

PABLO.—(*Sorprendiéndose al encontrarse con Rosa Luisa.*) ¡Caramba! ¡Mucho madruga hoy mi mujercita!

R. LUISA.—(*Con aire indiferente.*) ¡Hola, Pablo! ¿Ya de vuelta?

611792

PABLO.—¡De vuelta ya!

R. LUISA.—Corto ha sido el vuelo.

PABLO.—Igual que siempre; un par de horas. Sólo que... mo domingo, en lugar de irme con los compañeros a Pido... he preferido regresar a casa por si querías tú que fuése... a alguna parte.

R. LUISA.—¡Gracias, hombre!

PABLO.—La mañana es espléndida, de mayo, en Madrid; un sol que es una bendición del cielo.

R. LUISA.—¡Mira qué pena! Para una vez que se te ocu... ser galante conmigo... ¿Tienes abajo el coche?

PABLO.—Abajo está. Por lo mismo le he dicho a Alfr... que se quede.

R. LUISA.—Lo celebro. Así me evito de tomar un taxi.

PABLO.—¿Vas a misa, quizás?

R. LUISA.—Ya he estado en ella.

PABLO.—¿Tan temprano?

R. LUISA.—Y tú, ¿la has oído?

PABLO.—Iré luego a la de doce al Cristo con papá, según c... tumbre.

R. LUISA.—Te dejo entonces.

PABLO.—¿Cómo? Pero ¿te marchas?

R. LUISA.—Si quieres acompañarme...

PABLO.—Con mucho gusto. ¿No me has oído? Son las n... ve. Hasta las doce faltan tres horas. Hay tiempo para todo.

R. LUISA.—Te advierto que yo voy a la estación.

PABLO.—¿A qué estación?

R. LUISA.—A la de Atocha, a esperar a mamá, que vi... de Sevilla.

PABLO.—¿A esperar a tu madre?

R. LUISA.—Sí. A poco de marcharte tú al aeródromo, ... recibido este telegrama suyo. (*Saca un telegrama de su b... so de mano y se lo da a Pablo.*) Toma y lee.

PABLO.—(*Leyendo el despacho en voz alta.*) "Llegaré exp... so para pasar unos días con vosotros. Angeles." (*Devolvie... el telegrama a su mujer y torciendo el gesto.*) ¡Qué cont... riedad!

R. LUISA.—(*Guardando de nuevo el telegrama en su bols...*) ¿Por qué?

PABLO.—¡Tu madre en Madrid!

R. LUISA.—¿De qué te extrañas?

PABLO.—No, no; de nada.

R. LUISA.—Piensa que la pobre lleva seis meses sin ver...

sde que nos casamos. Lo raro es que no haya venido antes.

PABLO.—Sí, sí; si lo encuentro lógico, pero, vamos, me sabe al que se vaya a un hotel. Me hubiera gustado—no necesiré jurártelo—que se hospedase en casa, que el tiempo que era a permanecer en Madrid viviese con nosotros.

R. LUISA.—Y ¿por qué no ha de vivir?

PABLO.—¡Mujer, porque aquí no hay sitio!

R. LUISA.—¿Quién te lo ha contado? Yo, por lo pronto, ya he dispuesto su habitación.

PABLO.—¿Cual?

R. LUISA.—(*Señalando la segunda derecha.*) Esta.

PABLO.—¿La de Pachín?

R. LUISA.—Me parece más natural que la ocupe ella que no nerla reservada a la comodidad de vuestro amigote.

PABLO.—Sí, sí, desde luego... Pero como Pachín vive tan les, en la Ciudad Lineal...

R. LUISA.—¡Que se mude más cerca!

PABLO—Ya, ya.

R. LUISA.—Y, sobre todo, las noches en que, por haceros la rtulia a tu padre y a ti, le den aquí las cuatro de la maña , con prevenir a Alfredo para que lo lleve a su domicilio, paz.

PABLO.—¡Claro, claro!

R. LUISA.—No vayas a repetirme tú el número de Candela-, porque no lo aguanto. ¡A ti no te lo aguanto!

PABLO.—Pero ¿qué te ha dicho Candelaria?

R. LUISA.—¿Tu sabes qué resistencia la suya a obedecerme? e tenido que revestirme de toda mi autoridad para que me ciera caso; que no parece sino que en esta casa son todos a andar menos yo. ¡Hasta los criados! ¡Y no, Pablo, no! ¡Buc- está lo bueno!

PABLO.—¡Cálmate, Rosa Luisa, cálmate! No te pongas así.)isculpa a Candelaria! Y ten en cuenta que son cuarenta ios los que lleva a nuestro servicio.

R. LUISA.—¡Lo que no le da derecho a meterse en donde no llaman!

PABLO.—¡Claro que no, mujer! ¡Discúlpala! (*Por la derecha l foro aparece CANDELARIA, con una muda de cama, plan- ada y limpia, al brazo. Es una vieja sirviente de la casa, y mo tal descarada y mandona.*)

CANDELARIA.—(*A Pablo.*) ¿Qué te está diciendo tu señora? ie yo me he negao a obedecerla, ¿verdad? Pues no la creas, blito, no la creas. Yo lo único que me he permitido decir-

le es que, sin que tu padre lo supiera, ni ella, ni yo, ni na éramos quién en esta casa pa disponer de la habitación de Pachín.

R. Luisa.—¡Ya la oyes!

Pablo.—¿Cómo? Pero ¿papá no sabe?...

R. Luisa.—Está durmiendo y no se le iba a despertar p una cosa tan sencilla.

Pablo.—¡Eso no, Rosa Luisa!

Candelaria.—¡Vamos!

R. Luisa.—¡Usted se calla!

Pablo.—A papá hay que prevenirle de la venida de tu m dre. ¡Bueno se pondría si, al levantarse, se encontrara ella aquí, sin que nadie le hubiera dicho una palabra! N no puede ser. Anda, anda, vete tú a la estación, que yo quedo para avisarle.

R. Luisa.—Como quieras. ¡Está bien! Hasta luego. (*A Ca delaria.*) Y usted, que no se olvide de nada de lo que le mandado. ¡Y menos que de nada, de las flores!

Candelaria.—Y si no hay flores, las pinto.

R. Luisa.—¡Las pinta usted!

Candelaria.—(*Con sorna madrileña.*) ¿Al óleo o a la acu rela?

R. Luisa.—¡Insolente! (*Y vase por la derecha del fo hecha un basilisco.*)

Candelaria.—(*Amenazadora.*) ¡Mardi...!

Pablo.—(*Conteniéndola.*) ¡Candelaria!

Candelaria.—¿Te parece la muy...?

Pablo.—¡Candelaria! Un poco de respeto para ella, que mi mujer. ¡No lo olvides!

Candelaria.—¡Si, hijo, sí! No pensé yo nunca que tu a ción al marisco te llevase hasta el extremo de casarte con u quisquilla.

Pablo.—¡Candelaria!

Candelaria.—¡Con las hembras que tú has despreciao este mundo!... ¡Buena la has hecho, Pablito, buena la h hecho!

Pablo.—¿Yo?

Candelaria.—¡Ay! ¡En qué mal hora se te ocurrió de tu carrera de Infantería pa pasarte a la Aviación y en q mal hora te fueron a destinar a la base de Tablada! Porq si tú no vas a Sevilla, ¿quién te pesca a ti, hijo del alm Una sevillana había de ser, que de listas se pierden. Ahu que no le arriendo la ganancia.

PABLO.—¿Y eso? ¡Cualquiera que te oiga!... ¿Crees que no
uiero a Rosa Luisa?

CANDELARIA.—¡Mucho! Pero un hombre como tú, más rifao
e un juego de cacerolas, con cuatro mujeres, cuando no con
:ho, siempre a retortero, tiene pa ser un buen casao lo que
o pa modelo de Lacoma.

PABLO.—(*Riéndose.*) La verdad que tú para modelo, Cande-
ria...

CANDELARIA.—Sirvo poco, ¿no? Pues quizás que sirva más
ue tú pa marido. Por supuesto, que tienes a quien salir. ¡Si
que lo hereda no lo hurta; si tu padre ha sido y es, a pe-
r de sus cincuenta, otro don Juan Tenorio! Y gracias a que
i pobrecita de tu madre le duró al lao tan sólo catorce me-
s y un día, el tiempo de una condena, como suele decir él
or chirigota.

PABLO.—Pero mi padre ahora, Candelaria...

CANDELARIA.—Ahora, sí; lleva una temporadita bien tran-
uilo. Y Dios se la alargue lo que pueda. Yo se lo noto en
os bigotes.

PABLO.—¿Cómo en los bigotes?

CANDELARIA.—¡Digo! Pero, ¿tú no te has fijao? Los bigotes
n tu padre es un síntoma fatal. Que los tiene lacios y caídos
omo ahora, tranquilidad completa; que se los pone tiesos
sí, que le cogen de oreja a oreja, señal de que hay moros
n la costa, y si se los echa pa arriba, la catástrofe; ya pue-
es jugarte la cabeza a que ha habido desembarco.

PABLO.—¿Cómo desembarco?

CANDELARIA.—Desembarco de los moros, Pablito; que ya
an abandonao la costa y están en tierra.

PABLO.—(*Riéndose.*) ¡Ay! ¡Muy gracioso, Candelaria! A ti
ay que matarte o dejarte.

CANDELARIA.—Porque digo siempre la verdad.

PABLO.—Por lo que sea. ¡Bueno! Anda, mujer, anda, que
va a venir mi suegra y no vas a tenerla lista la habitación.

CANDELARIA.—(*Dirigiéndose hacia la segunda derecha.*) ¡Voy,
ijo, voy! No cabíamos en casa y parió abuela.

(*Dentro suena un timbre.*)

PABLO.—Han llamado, tú.

CANDELARIA.—Ya abrirá tu asistente.

PABLO.—Pero ¿está ahí Bermúdez?

(*Candelaria desaparece por la segunda derecha. Hay una pau-
sa. Por la derecha del foro aparece BERMUDEZ, asistente de
Pablo, de uniforme.*)

BERMUDEZ.—(*Cuadrándose.*) ¡Mi capitán!

PABLO.—¿Quién es?

BERMUDEZ.—La señorita Carmelina, que pregunta por la señora.

PABLO.—¿La señorita Carmelina? ¿Viene sola o con su marido?

BERMUDEZ.—Sola, mi capitán.

PABLO.—(*Con mal disimulada alegría.*) ¡Dile que pase! (*Bermúdez se va por la derecha del foro.*) ¡Al fin quiso Dios! ¡Pues, ahora o nunca!

(*Por la derecha del foro aparece CARMELINA, una hermosísima mujer de veinticinco años, arrogante, provocativa, deliciosa.*)

CARMELINA.—¡Pablo!

PABLO.—(*Acudiendo a recibirla.*) ¡Carmelina! ¡Entre usted! ¿Cómo está usted?

CARMELINA.—¿Y Rosa Luisa?

PABLO.—Ahora vendrá.

CARMELINA.—¿Ha salido?

PABLO.—Siéntese usted. No puede tardar mucho.

CARMELINA.—No. Si no está su mujer, me marcho, Pablo. Volveré luego.

PABLO.—¿Ni cinco minutos de espera, Carmelina?

CARMELINA.—¡Ni un segundo! He entrado creyendo hallarla aquí. Si hubiese sabido su ausencia, tenga usted la seguridad de que no habría pasado de la puerta del piso.

PABLO.—¿Por qué?

CARMELINA.—Conozco el temperamento de Rosa Luisa y no quiero dar pábulo con mi presencia a una escena violenta entre ustedes. Le agradeceré a usted que ni siquiera le diga que he venido. Luego la veré.

PABLO.—Como usted guste. Pero no tema usted, Carmelina. De usted no tiene celos. ¡Es usted su mejor amiga!

CARMELINA.—No importa. Rosa Luisa es capaz de todo.

PABLO.—¿A quién se lo cuenta?

CARMELINA.—Por lo mismo.

PABLO.—Ha ido a la estación a esperar a su madre, que llega hoy de Sevilla.

CARMELINA.—¿De veras? ¡Cuánto me alegro! Estará tan contenta.

PABLO.—¡Figúrese!

CARMELINA.—También usted, ¿no?

PABLO.—Yo... ¡No tanto, Carmelina!

CARMELINA.—¿Por qué?

PABLO.—Mi casa es un infierno. ¡Usted lo sabe! Entre los celos ridículos de mi mujer, las intemperancias de mi padre que, aun después del hecho consumado, no transige con mi matrimonio, las pullas constantes de Pachín y los soflones y malos modos de Candelaria, aquí no hay quien pare diez minutos. Meta usted ahora dentro de este revoltijo a mi suegra y dígame usted si no es cosa de coger el aparato y, aun sin permiso de la Dirección, iniciar un raid Madrid-Tokío, que le libre a uno del tormento que le amenaza. Yo le juro a usted que lo estoy pensando seriamente.

CARMELINA.—(*Riéndose.*) ¡Pobre Pablo!

PABLO.—(*Aprovechándose y abrazándola por la cintura.*) ¿Me compadece usted, Carmelina?

CARMELINA.—(*Sorprendida, pero sin inmutarse lo más mínimo.*) ¿Eh? Le compadezco a usted, pero no le apoyo.

PABLO.—¿Cómo?

CARMELINA.—(*Seria.*) Que tenga usted la bondad de soltarme.

PABLO.—(*Como si no se hubiera dado cuenta de lo hecho.*) Ah! Perdón. (*La suelta.*)

CARMELINA.—(*Volviendo a reírse.*) Para mí que ha errado usted su verdadera vocación.

PABLO.—¡Es posible!

CARMELINA.—¡Vaya! Si en vez de pasarse a la Aviación, se pasa usted a la Marina, un acierto.

PABLO.—No comprendo...

CARMELINA.—En prácticas de náufrago es usted un as. ¡Hay que ver cómo se agarra usted, criatura!

PABLO.—¡Carmelina!...

CARMELINA.—¡Y luego querrá usted que no tenga celos Rosa Luisa! ¡Qué hombres estos, qué hombres!

PABLO.—Es que si los tuviese de usted y con fundamento, mi palabra de honor que no me importaría.

CARMELINA.—(*Riéndose.*) ¡Ay, qué gracioso! Pero, a mí, sí.

PABLO.—(*Intentando abrazarla de nuevo.*) ¡Carmelina!

CARMELINA.—(*Seria y en guardia.*) ¡A distancia, que muerdo!

PABLO.—No me lo diga usted, que me acerco más.

CARMELINA.—¡Cuidado, Pablo!

PABLO.—Un mordisco de usted lo estimo yo más que la laureada.

CARMELINA.—Ya está bien.

PABLO.—¿Cómo?

CARMELINA.—Que una broma se admite como broma y habrá usted visto que no soy de esas mujeres remilgadas que se asustan por todo.

PABLO.—Eso he visto.

CARMELINA.—Pero, pasar de lo prudente, no. Recuerde usted que soy casada.

PABLO.—¡Bah!

CARMELINA.—Piense usted en el pobre de Antonino, mi marido, que ahora estará en su cama, durmiendo a pierna suelta, tan ajeno de que usted, su gran amigo y compañero de promoción, olvidado momentáneamente de los más elementales deberes de la cortesía, se permite hacerle el amor a su mujer y en su propia casa.

PABLO.—(*Avergonzado.*) ¡Carmelina!

CARMELINA.—No se hable más. ¡Hasta luego, Pablo!

PABLO.—(*Cogiéndole una mano.*) ¡Un solo momento, Carmelina!

(*Irrumpe en escena, por la izquierda, el general DON FRANCISCO JOSE DE ARIMATEA, en pijama y pantuflas, el pelo con que se cubre la calva en desorden, el bigote caído y demostrando a las claras que acaba de levantarse del lecho.*)

DON FRANCISCO.—(*A gritos.*) ¡Mi desayuno, Candelaria! (*Dándose cuenta de la presencia de Carmelina.*) ¿Eh?

CARMELINA.—¡Don Francisco José!...

PABLO.—¡Papá!

DON FRANCISCO.—(*Corrido y arreglándose el pelo con las manos.*) ¡Perdón, señora! Dispénseme usted. Yo no sabía... Creí que no había nadie... (¡Este hijo mío!...)

CARMELINA.—Usted es quien ha de perdonarme por haber venido a estas horas, que no son ciertamente de visitas.

DON FRANCISCO.—¡Señora, por Dios! Usted viene siempre a su casa.

CARMELINA.—¡Gracias, don Francisco José! Buscaba a Rosa Luisa para invitarla—y a ustedes también, por supuesto—a la corrida de esta tarde.

PABLO.—¿La de Beneficencia?

CARMELINA.—Sí. Mi amiga la marquesa de Avendaño no puede ir por su reciente luto y me ha regalado su palco, que tiene diez entradas, y como en casa somos únicamente Antonino y yo, me dijo Antonino: Con las ocho sobrantes puedes convidar al general y a su familia.

DON FRANCISCO.—Muy agradecido, Carmelina.

CARMELINA.—No me avergüence usted, don Francisco José. ¡Hablar usted de agradecimientos! Agradecidos nosotros siempre a usted por haber sacado a mi marido de la guarnición de Soria para trasladarlo a esta delicia de Madrid. ¡Eso no se paga con nada!

DON FRANCISCO.—No vale la pena de recordarlo siquiera, Carmelina.

CARMELINA.—¿De modo que vendrán a los toros?

PABLO.—Con mucho gusto. ¿No, papá?

DON FRANCISCO.—¡Encantados! Y puesto que sobran asientos, avisaremos a Pachín...

PABLO.—¿Para qué? Hoy es domingo. Comerá con nosotros.

DON FRANCISCO.—Tienes razón.

CARMELINA.—(*A Pablo.*) También puede ir su suegra...

(*Pablo finge un golpe de tos.*)

DON FRANCISCO.—¿Eh?

CARMELINA.—En fin, me voy, que tengo aquí a su padre un poco en vilo...

DON FRANCISCO.—Algo corrido, desde luego, si, señora, por culpa de la "tenue", que usted ha de perdonarme...

CARMELINA.—¿La "tenue"? ¡Bah! La de más uso en un hombre galante. Y usted tiene fama...

DON FRANCISCO.—(¡Pafotes! ¡Esta Carmelina!...)

CARMELINA.—(*Dándole la mano al general.*) ¡Hasta luego, don Francisco José!

DON FRANCISCO.—¡A sus pies, señora!

CARMELINA.—¡Hasta luego, Pablo! Volveré con Antonino para saludar a su mamá política.

PABLO.—(*Fingiendo otro golpe de tos y empujando a Carmelina hacia el foro.*) ¡Salgo a despedirla! (*Desaparece Pablo y Carmelina por el foro derecha.*)

DON FRANCISCO.—¿Su mamá política? Pero, ¿qué dice esa mujer? (*A CANDELARIA, que sale por la segunda derecha y se encamina hacia el foro.*) ¡Mi desayuno, Candelaria!

CANDELARIA.—¿Dónde se lo sirvo al señor? ¿Aquí o en su cuarto?

DON FRANCISCO.—Llévamelo a mi cuarto. Y prepárame el baño de camino.

CANDELARIA.—Así lo haré. (*Vase por la izquierda del foro.*)

DON FRANCISCO.—(*Sentándose en un butacón.*) ¡Pero este botarate de mi chico!... Ahora que pienso en ello, ya estoy viendo que me va a dar ciento y raya. Si, porque de cortejar a la mujer de un camarada no me remuerde en absoluto la

conciencia. Y, en cambio, él... Claro que si ella se le mete por los ojos, ¿qué va a hacer el hombre? Uno en su caso... Y está, está guapa la condenada. ¡Vaya si está guapa! (*Se queda un rato como abstraído y luego se levanta y pasea arrepentido de sus propios pensamientos.*) ¡Bah, bah, bah! Pero... ¡Pobre Antonino! ¡No hay derecho! Es una indignidad. Yo le hablaré a ese loco...

(*Por la derecha del foro vuelve PABLO.*)

PABLO.—¡Papá!

DON FRANCISCO.—Ven acá tú y explícame... Ante todo, un consejo; un buen consejo, Pablo.

PABLO.—Tú me dirás, papá.

DON FRANCISCO.—Las mujeres las ha puesto Dios en el mundo para nuestro recreo—¿estamos?—como nos ha puesto a nosotros para recreo de ellas. Es un toma y daca perfectamente igualitario y justo, como obra de Dios.

PABLO.—¡Magnífica teoría!

DON FRANCISCO.—¿Estamos?

PABLO.—Estamos perdiendo un tiempo precioso, papá. ¿A qué vienen esas máximas?

DON FRANCISCO.—No creas que vienen mal. Escúchame. Todas las mujeres pueden ser objeto de nuestro abordaje.

PABLO.—¡Ole! ¡Ahora sí que estamos!

DON FRANCISCO.—¡Todas!

PABLO.—Ya, ya.

DON FRANCISCO.—Con la sola excepción de las esposas de nuestros amigos. Esas han de ser siempre respetadas por los hombres honrados y caballerosos.

PABLO.—¿Las mujeres de los amigos?

DON FRANCISCO.—Sí.

PABLO.—¡Caramba, papá! ¡Es que conoce uno a tanta gente!

DON FRANCISCO.—Bueno, mira, niño...

PABLO.—Si limitas de ese modo el radio de acción, dejas sólo un círculo reducidísimo en que poder desenvolverse.

DON FRANCISCO.—Bueno, bueno, bueno, tú échalo a broma, si quieres, pero no olvides que tu padre no ha de tolerarte nunca—¡óyelo bien!—nunca, una mala acción.

PABLO.—¡Papá...

DON FRANCISCO.—Y ahora, a otra cosa. ¿A qué mamá política se refería Carmelina?...

PABLO.—Pero ¿la has oído? Después de todo, me alegro, porque me ahorra contigo un preámbulo larguísimo. ¿A cuál

había de referirse sino a la mía, a mi suegra, a la madre de Rosa Luisa?

DON FRANCISCO.—¿Eh? ¿Qué va a venir tu suegra?

PABLO.—No.

DON FRANCISCO.—¡Ah!

PABLO.—¡Que ya ha venido!

DON FRANCISCO.—¡Palotes! ¿Cómo que ya ha venido?

PABLO.—Seguro. Rosa Luisa ha recibido esta mañana, a primera hora, un telegrama suyo anunciándole su llegada en el expreso de Andalucía. Ha ido a esperarla a la estación y por el tiempo que hace que se fué, ya no deben tardar. Yo me he quedado aquí exclusivamente para decírtelo.

DON FRANCISCO.—¡Palotes! Pero ¿la va a traer a casa?

PABLO.—¿Dónde la va a llevar? Reconoce que es su madre y que tiene un legítimo derecho a que los días que esté en Madrid la buena señora viva con nosotros.

DON FRANCISCO.—¡Intolerable!

PABLO.—Rosa Luisa le ha destinado el cuarto de Pachín, porque como Pachín apenas si lo ocupa...

DON FRANCISCO.—¿El cuarto de Pachín? ¡Intolerable! ¡Bueno, se va a poner Pachín cuando se entere de que sin su previo consentimiento, se ha dispuesto de su refugio! Y le sobrará la razón. Pero, sepamos de una vez quién manda en esta casa, quién la paga...

PABLO.—¡Tú, papá! Nadie lo discute.

DON FRANCISCO.—Pues, entonces—¡palotes y perfiles!—si mando yo y la pago yo, ¿quién si no yo tiene derecho a disponer lo que en ella se haga? ¡Hijo, grandes han sido tus botaratadas, pero como esta de tu casamiento, ninguna! Por algo te envié a regañadientes mi permiso y por algo y en prueba de mi disconformidad con tu descabellado propósito, me negué resueltamente a ir a Sevilla para presenciar la ceremonia de tu enlace. Pero ¿qué necesidad tenías tú de casarte, idiota?

PABLO.—¡Papá!

DON FRANCISCO.—Un chico joven, guapo...

PABLO.—¡Papá!...

DON FRANCISCO.—No lo digo yo, lo dicen ellas. Elegante, con dinero, mimado por las mujeres más codiciadas de Madrid... ¿Echarte tú mismo un lazo al cuello para hundirte en el pozo sin fin del matrimonio?... ¡Es incomprensible, incomprensible!

PABLO.—Pero, papá, si lo hecho ya no tiene remedio, ¿a qué

me mortificas? ¡Siempre lo mismo! ¿No te casaste tú también? ¿Por qué te casaste?

DON FRANCISCO.—¡Ingrato! Yo me casé para que tú te dieras la vida que te estabas dando. Y ¿ni siquiera me lo agradeces y tienes el valor de echármelo en cara? Mira, vete, Pablo, si no quieres...

PABLO.—¡Papá!... (*Por la derecha del foro aparece PACHIN, sin sombrero y con bastón. Es un hombre de edad indefinible, lo mismo puede tener cuarenta años que sesenta. Atildado, pulcro, elegante, con botines blancos y monóculo, se tiñe hasta las cejas de un negro betún que le da a su fisonomía un aspecto agrio y duro.*

PACHIN.—(*Desde el umbral.*) ¿Se puede pasar?

DON FRANCISCO.—¡Entra, Pachín, que a tiempo llegas!

PACHIN.—(*Entrando.*) Buenos días, señores.

PABLO.—Buenos días.

PACHIN.—Dadme un duro. ¿Tenéis un duro?

PABLO.—(*Sacando un duro de su bolsillo.*) Ahí va.

PACHIN.—Es para que baje Bermúdez a pagarme el taxi, que me he salido de casa sin dinero...

PABLO.—¡Milagro!

PACHIN.—¡Toma, Bermúdez! (*Sale de escena un momento por el foro y vuelve en seguida.*) ¡Bueno! ¿Querréis creer que he vuelto a encontrar en la escalera a los vecinos del piso de enfrente y han tenido otra vez el descaro de negarme el saludo?

DON FRANCISCO.—¡Tuya es la culpa! Si ya te hemos dicho repetidas veces que no nos tratamos con nadie de la casa...

PACHIN.—Señor, lo que no es óbice para que uno se encuentre con alguien en la escalera y salude. ¡Vamos, me parece a mí! Subía yo y bajaba el matrimonio, ella tan guapa y tan vistosa como siempre, él tan gordo y tan antipático. Me aparto a un lado para dejarles pasar, me quito mi sombrero con toda corrección... ¡Buenos días, señores! ¡Ya, ya! (*Encarándose con Pablo.*) ¿Tú me has contestado a los buenos días?

PABLO.—Yo, sí.

PACHIN.—Tú, sí; pero ellos, no. Ellos han seguido de largo sin dignarse dirigirme una mirada. ¿Es grosería o no es grosería? Claro que se me han pasado unas ganas de...

DON FRANCISCO.—Bien, Pachín; olvida eso ahora y siéntate, que tenemos que hablar.

PACHIN.—¿Estamos solos?

DON FRANCISCO.—Por el momento, sí; pero no tardaremos encontrarnos más acompañados que nunca.

PACHIN.—¿Qué ocurre?

DON FRANCISCO.—¡Siéntate!

PACHIN.—¡No quiero!

DON FRANCISCO.—¡Pachín!

PACHIN.—¡No me siento! ¿Estoy o no estoy en mi casa a hacer lo que se me antoje?

DON FRANCISCO.—Te diré.

PACHIN.—¡Canastos! ¿Cómo te diré? ¿No es esta mi casa?

DON FRANCISCO.—Por unos días, no sé si pocos o muchos, Pachín; no es esta tu casa.

PACHIN.—¡Caramelo!

DON FRANCISCO.—¡Muy en su punto el caramelo! Sabrás que tú, mi niño, este ángel, esta monada de criatura, sin consultar conmigo ni con nadie, ha tenido a bien disponer de tu habitación para su suegra.

PACHIN.—¡Corcho!

PABLO.—Sí, Pachín. ¡Perdóname! Pero, ¿qué iba a hacer?

PACHIN.—¿Cómo que qué ibas a hacer?

DON FRANCISCO.—No te alteres, Pachín, que yo ya tengo resuelto el problema. (*A Pablo.*) Te queda libre, no sólo el cuarto de éste, sino también el mío.

PABLO.—¿Qué?

DON FRANCISCO.—(*A Pachín.*) Tú y yo nos iremos a una pensión, a un hotel, el tiempo que dure la estancia en Madrid de tu *querida* consuegra.

PABLO.—¡No, papá!

DON FRANCISCO.—¿Eh?

PABLO.—Tú no harás eso. Piensa en el compromiso que me pones. ¿Con qué cara le digo yo a doña Angeles y a Rosa Luisa...?

DON FRANCISCO.—Con la que quieras. Harto he hecho ya con aguantar a la hija, pero a la madre... ¡Que la aguante San Fernando! ¡Yo, no! ¡Déjame a mí de vejestorios! (*Señalando a Pachín.*) ¡Bastante tengo con éste!

PACHIN.—¡Adiós, bebé! (*Se sienta en un butacón y se absorbe en sus pensamientos.*)

PABLO.—Pero, papá... ¿Quién te ha dicho?... Doña Angeles no es ninguna vieja. Es una mujer joven todavía, muy simpática, alegre, comunicativa...

DON FRANCISCO.—¡Muchísimo peor! ¿Una señora locuaz, parranchina, métome en todo?... ¡No la aguanto!... ¿Qué me vas a contar? ¡Conozco a las andaluzas! Si yo, en mi mocedad,

también pasé una larga temporada en Sevilla. Y hasta me eché una novia, preciosa por cierto, de la que luego no he vuelto a saber una palabra. ¡Laura Sanmartín se llamaba!

PABLO.—¿Laura?

DON FRANCISCO.—¡Como la amada del Petrarca!

PACHIN.—(*Con aire de suficiencia y mirando al techo.*) ¡Del Petrarca de Jerusalén!

DON FRANCISCO.—(*Volviéndose.*) ¡Pachín! ¡Por Dios! ¿Qué hablas? Eres de una incultura...

PACHIN.—¿El Petrarca de Jerusalén? Chico, pues yo lo he oído decir muchas veces.

DON FRANCISCO.—Lo que tú habrás oído decir es el Tetrarca, el Tetrarca de Jerusalén. Petrarca fué un poeta.

PACHIN.—¡Ah, bueno! ¿Que he mudado una letra? ¡Bueno! No es mucho.

DON FRANCISCO.—¡Podía ser más!... ¡En fin, anda tú a eso!

PACHIN—¿A qué?

DON FRANCISCO.—A buscar nuestro hospedaje.

PABLO.—Pero ¿insistes, papá?

DON FRANCISCO.—¡Naturalmente que insisto! Aquí no me quedo. ¡Eso ni lo sueñes, Pablo!

PABLO.—¡Mira que me creas una situación...!

DON FRANCISCO.—Situación, ninguna, estúpido; al contrario. Tú y yo y todos le haremos ver a la señora que es una delicadeza mía el marcharme de casa para dejarla a ella en una mayor libertad... ¡Pues estaría bueno!

PABLO.—Como dispongas, papá. No te he de convencer...

DON FRANCISCO.—¡Claro que no!

PABLO.—Por eso.

DON FRANCISCO.—¡Anda, Pachín!

PACHIN.—(*Levantándose.*) ¡Voy! (*Por la derecha del foro aparece BERMUDEZ.*)

BERMUDEZ.—Don Pachín... Con licencia de los señores.

PACHIN.—¿Qué hay?

BERMUDEZ.—La vuelta del duro.

PACHIN.—¡Ah!

BERMUDEZ.—(*Dándole unas monedas.*) Tres sesenta que marcaba el taxi y una cuarenta... Total, cinco pesetas.

PACHIN.—(*Guardándose la vuelta.*) Está bien. (*Bermúdez se va por la izquierda del foro.*)

PABLO.—¿Y te guardas la vuelta?

PACHIN.—No, que te la voy a dar para deberte tres sesenta. Mejor te debo el duro. ¡Cantidad redonda!

PABLO.—¡Me debes tantos!...

PACHIN.—¡Ah! ¿Sí? (*A don Francisco.*) Oye, haz el favor de darle un duro a este para que no me lo eche más en cara.

DON FRANCISCO.—Conforme. Ahora se lo daré. ¡Anda a lo yo, Pachín!

PACHIN.—Ya mismo. ¿Qué prefieres? ¿Pensión? ¿Hotel?...

DON FRANCISCO.—¡Hombre, una cosa que esté bien y en si- céntrico!

PACHIN.—¿Quién va a pagar? ¿Tú, yo, o cada cual lo suyo?

DON FRANCISCO.—¡Pagaré yo! (*Se sienta.*)

PACHIN.—¡Entonces, nos vamos al Palace! ¿No te parece? demás, allí están Fanny y Enriqueta y lo pasaremos más tretenidos.

DON FRANCISCO.—Como quieras.

PACHIN.—(*A Pablo.*) Tú, y a propósito de Enriqueta y de anny... ¡Ha vuelto a verme la Velázquez!

PABLO.—Y ¿qué? ¿Más dinero?

PACHIN.—¡Tu veras! Dos mil pesetas pide.

PABLO.—Pues dile que no cuente con ellas. ¡Ya me ha explotado bastante!

PACHIN.—Acuérdate de que tiene en su poder cartas que te ompromeiten, Pablo.

PABLO.—Y ¿crees que sería capaz de enviárselas a Rosa uisa?

PACHIN.—Una mujer despechada es capaz de todo.

PABLO.—¡Pues eso, no! Antes... ¡Ya hablaremos, Pachín!

PACHIN.—Estoy a tus órdenes.

PABLO.—¡Ya hablaremos!

PACHIN.—Reconoce conmigo que has hecho una tontería ta- ifando con ella sin necesidad...

PABLO.—¿Cómo sin necesidad, después de mi casamiento?

PACHIN.—Y que a tu padre y a mí nos has estropeado el exteto.

PABLO.—¡Eso, bien!

PACHIN.—Siempre que nos reunimos con las otras, tenemos que pasarnos el rato consolando a la tuya, haciéndola ver que a ruptura no puede ser definitiva, prometiéndole que tú volverás algún día...

PABLO.—¡Jamás!

PACHIN.—Si la vieras... Llora de un modo...

PABLO.—¡Lágrimas de cocodrilo!

PACHIN.—¡Pobrecita Velázquez!

PABLO.—No la llames por el mote, que me crispa los n vios. Di Rosario.

PACHIN.—Chico, como por la Velázquez la conocemos todos Y ya sabes por qué. Se pinta de un modo que es un pas de factura y ejecución.

DON FRANCISCO.—No te canses, Pachín, en argumentarle en excitar su piedad en favor de Rosarito, que el pollo vuelve a las andadas. Y no por absoluta fidelidad a su m jer, como pudieras figurarte, sino porque ahora pica más al

PABLO.—¡Papá!

PACHIN.—¡Hombre, ya imaginaba yo que así, de buenas primeras, no iba a meterse a fraile!

DON FRANCISCO.—(*Con intención.*) Eso... ¡Tal vez! Desde lu go a fraile carmelita... (*Se ríe.*)

PABLO.—(*Con violencia.*) Bueno, te ruego, papá...

PACHIN.—(*Conciliador.*) ¡Vaya, vaya! No enfadaros. ¡Os dej

DON FRANCISCO.—¡No tardes, que te espero, Pachín!

PACHIN.—Descuida. (*A Pablo.*) Y tú, ponme rendidamente los pies de tu suegra. Viene de Sevilla, ¿no?

PABLO.—De Sevilla.

DON FRANCISCO.—Ya verás cómo no trae polvorones. ¡C lo que me gustan a mí los cortadillos de cidra de casa G yango!...

PABLO.—Y ¿lo sabe ella, quizás? ¡Querer también que adivinen el pensamiento, papá!...

DON FRANCISCO.—Pues... ¡Sería un detalle! No te creas.

PACHIN.—Cuenta a lo sumo con una porcelana del Gran P der o con una ampliación de la Macarena.

DON FRANCISCO.—Seguro. Conozco a las andaluzas, y a la sevillanas, más. ¡Seguro!

PACHIN.—¡Hasta ahora, jovencitos!

DON FRANCISCO.—¡Adiós, Pachín! Y gracias.

PACHIN.—¿Por qué?

DON FRANCISCO.—Por lo de jovencitos.

PACHIN.—¡Ah! (*Dirigiéndose hacia el pasillo del foro.*) ¿T néis ravioli? ¡Sí! Desde aquí lo huelo. ¡Tenéis ravioli! ¡M plato favorito!... (*Vase Pachín por la derecha del foro. Ha una pausa. Pablo se sienta, mohíno y cabizbajo, en un extre mo del salón. Don Francisco le mira; primero con ojos d gran ternura y después con una sonrisa de indulgencia en lo labios. Luego se levanta, se acerca a él y le echa cariñosa mente el brazo por encima.*)

DON FRANCISCO.—No te enfades tú, Patriarca de las Indias

que aunque otra cosa estés pensando, nadie te quiere en este mundo tanto como tu padre. ¡Nadie! Ni tu propia mujer. Mírame, Pablo!

PABLO.—(*Levantando la cabeza.*) Sí, mucho me quieres y me proporcionas cada disgusto...

DON FRANCISCO.—Tonto. ¡Tú, que los aceptas! Disgustos en la vida los dan todos, hasta los padres, ¡ya ves!, pero, con no tomarlos...

PABLO.—¡Difícil es eso!

DON FRANCISCO.—¡Tú prueba! (*Por la izquierda del foro sale CANDELARIA, sosteniendo con ambas manos un cacharro con flores.*)

CANDELARIA.—Señor...

DON FRANCISCO.—¿Qué hay, Candelaria?

CANDELARIA.—El baño está ya listo. Cuando acabe de bañarse el señor le serviré su desayuno.

DON FRANCISCO.—¡Vamos allá! (*Se va por la izquierda.*)

CANDELARIA.—(*Mostrándole el cacharro a Pablo.*) ¡Las flores pa la vieja! (*Dirigiéndose hacia la segunda derecha.*) Así, que no le falte un detalle a la señora. (*Desaparece por la segunda derecha.*)

PABLO.—(*Con sorna.*) ¡Mira quién habla!... (*Levantándose indignado.*) Bueno, ¿y esto es casa? ¡Esto es una jaula de locos! (*Dentro hacia la derecha del foro se oyen murmullos.*) ¿Eh? (*Saliendo del pasillo del foro.*) ¡Candelaria! ¡Candelaria! (*Por la segunda derecha aparece CANDELARIA.*)

CANDELARIA.—¿Qué?

PABLO.—(*Desde el pasillo.*) ¡Anda! ¡Anda, que ya están ahí! ¡Anda, mujer!

CANDELARIA.—¡Voy, hijo, voy! No querrás que eche a correr por el pasillo. (*Suspirando.*) ¡Ay! ¡To sea por Dios! (*Desaparece Candelaria por la derecha del foro y detrás de ella Pablo. A poco entran en escena ANGELES, abrazada a PABLO, detrás ROSA LUISA y luego SALUD, BERMUDEZ y CANDELARIA cargados con maletas, portamantas y saquitos de viaje. Angeles es una señora de unos cuarenta y tantos años, guapa todavía y con una simpatía que avasalla. Viste un sencillo traje y un abriguito de seda. Salud, entre doncella y señorita de compañía, es una muchacha desenvuelta y viva. Al brazo trae un perro chiquitín de los llamados de lujo.*)

ANGELES.—¡Pablito! ¡Hijo! ¿Cómo estás?

PABLO.—Bien, ¿y usted, señora?

ANGELES.—Ya me ves; tan famosa como siempre. (*Abrazan-*

do a Rosa Luisa.) ¡Ven acá tú, entrañas mías, ven acá tú (*Besándola.*) ¡Ay, qué hija tengo! No me esperabais, ¿verdad?

PABLO.—Ni remotamente.

ANGELES.—Pero no os habré causado mucho trastorno...

R. LUISA.—¡Ninguno, mamá!

ANGELES.—Porque si os causo trastorno, me voy a una fonda, y tan amigos.

PABLO.—¡Quite usted! ¡Por Dios!

R. LUISA.—Si hasta te tenemos preparada tu habitación...

ANGELES.—¿De veras? Y ¿dónde está? ¿Cuál es?

R. LUISA.—(*Señalando la segunda derecha.*) Esta misma.

ANGELES.—¡Pues, anda, Salud!... (*Quitándose el abrigo y el sombrero y dándoselos a Salud.*) Déjame esto ahí. ¡Y que entren las maletas! (*Desaparecen por la segunda derecha Salud, Candelaria y Bermúdez.*) ¿Y tu padre, Pablo?

PABLO.—¡Muy bien, gracias a Dios! Ya lo verá usted. Se está vistiendo.

ANGELES.—Por mí, que no se dé prisa (*Abrazando a los dos a un tiempo.*) ¡Bueno, hijos!... (*A Rosa Luisa.*) Oye, y para Salud, ¿tendréis un sitio donde ponerle una camita?

R. LUISA.—Ahora veremos.

ANGELES.—Porque con Salud no habriais contado...

R. LUISA.—¡Claro que no! Y como nada me decías en el telegrama...

ANGELES.—Se me olvidó añadírtelo, hija. Pero, ¿tú sabes?... ¡Si este viaje ha sido de lo más improvisado!... Figúrate que ayer, a media tarde, llegamos a Sevilla Salud y yo, después de haber pasado una temporada de dos meses con tu hermana Pilar en Aracena.

R. LUISA.—Y ¿como está Pilar?

ANGELES.—¡Magnínca! No la conocerías. En tres semanas ha engordado seis kilos.

R. LUISA.—¡Qué horror!

ANGELES.—Mi intencion no era haberme estado en Aracena tanto tiempo, como comprenderas, pero tu hermana se empeñó en que me quedase allí con ella hasta la fecha del aniversario de la muerte de vuestro padre y no hubo más remedio que complacerla. No sé si te acordarías que fué el 8 de este mes...

R. LUISA.—¿El aniversario de la muerte de papá? ¿No había de acordarme? Y por voluntad de Pablo le hicimos aquí ese día en la Concepción un funeral por todo lo alto.

ANGELES.—¡Que Dios te lo pague, Pablito! ¡Eres muy bueno, hijo! (*A Rosa Luisa.*) Bien, pues como te decía, llegamos

a Sevilla Salud y yo y no hicimos más que poner el pie en esa cuando hija de mi sangre, el mundo se me vino encima. Me entró una tristeza de verme allí, tan sola y tan desamparada en aquel caserón tan grande que, sin poderlo remediar, me eché a llorar como una Magdalena. Salud, que ya sabéis lo que me quiere y que, más que criada es como si fuera una de la familia, en cuanto me vió llorar, se plantó frente a mí y me dijo: Bueno, señora, y ya que ha estado usted con su hija Pilar, ¿por qué no se va usted ahora unos días a pasarlos en Madrid con la señorita Rosa Luisa? Mira yo, que necesitaba poco, con las palabras de Salud vi el cielo abierto. Conforme estábamos, con el mismo equipaje que habíamos traído de Aracena, cogimos el auto, y sin más ni más, nos plantamos en la estación. En fin, cómo sería todo de repentino y de precipitado que, ya andando el tren, me acordé de decirle a don Jesusito, mi administrador, que te pusiera el telegrama... Si no, aquí me presento sin decir palabra. ¡Y ya tienes explicado nuestro viaje!

R. LUISA.—¡Pues muy bien hecho! (*A Pablo.*) ¿Verdad?

PABLO.—¡Claro!

R. LUISA.—Y ahora te estás con nosotros todo el tiempo que quieras.

ANGELES.—Pocos días, hija, pocos días, que en Sevilla también hago falta. ¡Pocos días!

(*Por la segunda derecha salen SALUD con el perrito en brazos, CANDELARIA y BERMUDEZ.*)

SALUD.—¡Ay, señora, y qué presiosidá de arcoba la que le han puesto! ¡Hasta con sus flores y to en la mesiya de noche, como a usté le gusta!

ANGELES.—¡Cosas de esta criatura!

R. LUISA.—Mías, no. (*Señalando a Candelaria.*) Aquí, de la señora.

ANGELES.—¡Usted es Candelaria!

CANDELARIA.—Pa servir a la señora.

ANGELES.—Me lo había figurado. Déjeme usted que le dé un abrazo y las gracias por lo bien que se porta usted con mi hija.

CANDELARIA.—(*En vilo.*) ¿Yo?

ANGELES.—Lo sé, lo sé; no se haga usted de nuevas, que lo sé. ¡Ella me lo ha escrito! (*Rosa Luisa hace un gesto de extrañeza.*) ¡Que Dios se lo premie! (*Y abraza a Candelaria.*)

CANDELARIA.—(*Sorprendida.*) Una, señora, en lo que puede...

ANGELES.—Lo sé todo, Candelaria; lo sé todo. ¡Que Dios la bendiga!

CANDELARIA.—(¡Me ha cogido la vez!)

ANGELES.—Bueno; y a ver ahora esto de Salud, Rosa Luisa.

R. LUISA.—¡Ah, sí! Oiga usted, Candelaria...

CANDELARIA.—La señora me dirá.

R. LUISA.—¿Sería fácil meter una cama más en su alcoba de usted para que durmiera esta chica?

CANDELARIA.—¿En mi alcoba? ¡Imposible, señora! ¡Vamos, ya sabe la señora que viene to tan justo y tan apretao allí que cuando entro yo, se salen las moscas!...

ANGELES.—(*Riéndose de buena gana.*) ¡Ay, qué graciosa, pero qué graciosa!

CANDELARIA.—(*Amoscada.*) (¿Me va a tomar a mí el pelo esta señora?)

ANGELES.—Bien, bien; y en último término, Rosa Luisa, se saca un colchón de mi cama, se tira al suelo y que duerma conmigo la muchacha.

PABLO.—Pero ¡qué disparate! Ya encontraremos sitio. ¡Por Dios! No se preocupe usted.

BERMUDEZ.—Yo, con licencia de mi capitán, debo decirle a mi capitán que en mi cuarto sí que hay sitio de sobra. Ahora, que no sé si querrá aquí la joven...

(*Todos se ríen.*)

SALUD.—¡Vamos!

PABLO.—¡Bermúdez!...

ANGELES.—¡Mira también el militar!...

SALUD.—¡Ay, no, hijo! ¿Dormir yo en su cuarto con usté? ¡Ni por tos los miyones der mundo! Se iba usté a reí mucho.

BERMUDEZ.—Si usté me hacía cosquillas, no le digo que no.

SALUD.—¡Patoso!

BERMUDEZ.—¡Negrales!

PABLO.—¡Vamos, vamos, vamos!; andad cada cual a lo suyo, que ya arreglaremos nosotros eso.

BERMUDEZ.—Con licencia.

CANDELARIA.—Con permiso. Y ya sabe la señora que puede mandarnos lo que guste.

ANGELES.—Gracias, muchas gracias, Candelaria. (*A Pablo.*) ¡Es muy simpática! Sin conocerla, la quería...

SALUD.—(*A Candelaria.*) Dígame usté; y un poquito de leche pa el perro sí que habrá.

CANDELARIA.—Sí, hija; leche y lo que necesite.

ANGELES.—¡Qué amable!

CANDELARIA.—(¡Cuando el señor vea el perro, con la hincha que les tiene, no va a quedar del animalito ni el rabo!) (*Desaparecen por la izquierda del foro Candelaria y Bermúdez.*)

SALUD.—(*Desde el umbral del foro mostrándole el perro en alto a Angeles.*) Dile adiós a tu amita, encanto; dile adiós.

ANGELES.—(*Tirándole besitos al perro.*) ¡Adiós, cielo mío! ¡Preciosura! ¡Rico! ¡Ay, mi Pachín!

(*Oir lo de Pachín y mirarse Pablo y Rosa Luisa todo es uno. Vase Salud con el perro por la puerta del foro.*)

R. LUISA.—¿Se llama Pachín el perro?

ANGELES.—Sí.

(*Rosa Luisa se vuelve de espaldas para ocultar su risa.*)

PABLO.—(*Consternado.*) (¡Mi abuela!)

ANGELES.—Me lo ha regalado ahora el marido de Pilar, cuando he estado en Aracena. Como él es tan aficionado... Pero, si vosotros lo queréis, os lo dejo.

PABLO. }
R. LUISA. } (*A un tiempo.*) ¡No!

ANGELES.—¿Eh?

PABLO.—No. Quien las deja a ustedes soy yo, para que tengan libertad de hablar...

ANGELES.—¡Pablito, que tú no estorbas!

PABLO.—Sin embargo... Mientras tanto voy a ver cómo lleva mi padre su "toilette"...

ANGELES.—No lo molestes, Pablo. ¡Déjale!

PABLO.—¡Hasta ahora, doña Angeles! (*Vase por la izquierda.*)

ANGELES.—¡Hasta ahora! (*Abriéndole sus brazos a Rosa Luisa.*) ¡Hija mía!

R. LUISA.—(*Precipitándose en los brazos de su madre.*) ¡Mamá! (*Un rato permanecen abrazadas.*)

ANGELES.—(*Llevando a su hija hasta sentarse con ella en la cama turca.*) Ven acá, hija, ven acá y cuéntame, cuéntame muchas cosas. ¿Eres feliz?

R. LUISA.—Sí, mamá.

ANGELES.—¿De veras eres feliz? No me mientas.

R. LUISA.—Sí, mamá. ¡Muy feliz! ¿Por qué no había de serlo? Pablo es bueno, me quiere mucho, me...

ANGELES.—Me alegro de que me lo digas, pero... ¡Qué sé yo! Al través de tus cartas me parecía notar en ti como una nube de tristeza, de desilusión... ¡No sé! Mejor, más vale así; que sea yo la equivocada.

R. LUISA.—(*Echándose a llorar de pronto, en brazos de su madre.*) ¡Ay, mamá!

ANGELES.—¡Hija! ¿Lloras? ¿Ves? ¿Lo ves? ¿No te decía yo?. ¡Si las madres no nos engañamos nunca! ¡Nunca! ¡Hija! ¡Ros Luisa! Cuéntame. No eres feliz, ¿verdad?

R. LUISA.—No, mamá; no soy feliz. Y no porque a Pablo l falten condiciones para hacerme dichosa, que él es bueno c cuanto le dejan serlo y me quiere, yo sé que me quiere, pero..

ANGELES.—¿Tu suegro, quizás?

R. LUISA.—Mi suegro y los amigos de mi suegro y todos.. ¡Esta casa, mamá, esta casa, que no se parece a ninguna! (*Si gue llorando.*)

ANGELES.—Anda, anda, no llores; cuéntame, dime... ¡Por al go ha venido tu madre a Madrid y para algo! Cuéntame, cuén tame.

R. LUISA.—(*Entre lágrimas.*) Pablo se sacó muy enamorado de mí, tú lo sabes; tan enamorado que aun suponiendo nosotras que contrariaba la voluntad de su padre, se casó. Y no nos equivocamos al suponer tal cosa, ya que ahora sé, de un modo cierto, que don Francisco José agotó cuantos medios tuvo a su alcance para impedir el casamiento de su hijo.

ANGELES.—Si eso se adivinaba, si no hacía falta ser muy lista para averiguarlo. Aquel pretexto ridículo que puso para no asistir a la boda... ¡Ni que fuéramos tontas! Sigue, hija, sigue.

R. LUISA.—La cosa tiene su explicación, no vayas a creerte... Y es que para mi suegro, viudo desde muy joven y sin otro cariño que el de Pablo, su hijo no fué nunca su hijo, fué un camarada más, el más joven de todos y, por consiguiente, el más alegre, el más jaranero, el que mantenía vivo el buen humor en sus juergas y francachelas.

ANGELES.—¡Qué inmoralidad!

R. LUISA.—Al casarse Pablo, desaparecía para mi suegro y sus amigos el elemento principal de sus reuniones y, naturalmente, al venir yo a esta casa se me tenía que recibir como se me recibió: de uñas; con una hostilidad tan manifiesta que bástete saber que a cualquiera, a Bermudez mismo, el asistente, se le escucha y se le atiende antes que a mí, no digamos a Candelaria o al gran amigo de la familia, el gorronazo de don Francisco Mínguez, que eso es ya el acabóse. Y así me tienes desde que llegué: dominada por todos, vencida, sin voz ni voto, ni acción para moverme y en lucha constante con mi suegro que, al fin de cuentas, se ha convertido en mi rival.

ANGELES.—¿Es posible?

R. LUISA.—¡Figúrate! Es quien me roba a mi marido, cuando no para tenérmelo aquí hasta las tantas jugando al tresi-

lo con él y con Mínguez para llevárselo a "Los Burgaleses" o a la Cuesta de las Perdices con mujeres que ya te supondrás que no son, precisamente, damas de la Cruz Roja.

ANGELES.—¡Vaya por Dios!

R. LUISA.—¡Y esta es mi vida, madre! Tú me dirás si es divertida. Hablar, no hablo con nadie, ni conozco a nadie, porque ni siquiera nos tratamos con los vecinos de la casa. No tengo más que una amiga, Carmelina, muy simpática y agradable, la mujer de un capitán de Infantería, Antonino Zaragoza, compañero de Pablo y que viene todos los días de visita, no tanto por verme a mí y acompañarme un rato como por conseguir de mi suegro no sé qué mejora de empleo para su esposo. Y a eso se reduce la pobre existencia de tu hija desde que se separó de ti, con lágrimas en los ojos, no hace todavía medio año, en la estación de Sevilla. Y ¡ya ves qué casualidad! Llorando nos despedimos y llorando me encuentras.

ANGELES.—Pues eso no puede ser, ni tu marido debe consentirlo. ¿No tiene él fortuna bastante para que viváis independientes?

R. LUISA.—Ahí está lo malo que hizo Pablo; no poner su casa al regresar conmigo a Madrid desde Sevilla.

ANGELES.—¡Pues, claro!

R. LUISA.—Le guió al traerme aquí, ya lo sé yo, el deseo de contentar a su padre y, como un buen hijo que es, la consideración de no dejarle abandonado y solo; pero, ¡ay mamá!, que esa ha sido y es la razón de todas mis amarguras.

ANGELES.—¡Naturalmente!

R. LUISA.—¡Hay que conocer a mi suegro! Es un hombre terrible, autoritario y absorbente. Adora a su hijo, ¡eso sí!, pero quiere ser dueño no solo de la voluntad de Pablo, sino también de sus opiniones y manda en él como si, en lugar de veinticinco años, tuviese el muchacho diez o doce. Le regaña como a un chico, en ocasiones hasta delante de mí, y Pablo, por cariño y por respeto, baja la cabeza, se calla y obedece, ¡cuántas veces contra su propio gusto, yo lo sé!, pero obedece al padre, y a mí me llevan los demonios porque esa obediencia suya es la que continuamente lo aleja de mi lado. ¿Comprendes, mamá? ¿Te das cuenta de mi desesperación y de mi rabia?

ANGELES.—Sí, hija, sí. Me doy perfecta cuenta y te compadezco de todo corazón; pero aquí estoy yo para impedir que ni un día más continúen las cosas de ese modo.

R. LUISA.—¡Por Dios, mamá! ¡No te metas tú en nada, que será peor!

ANGELES.—¿Quién lo dice? ¡Tú déjame y no te preocupe Veas lo que veas y oigas lo que oigas, tu misión, por ahor es callar. ¡Y déjame a mí, que o poco puedo o te devuel la felicidad que entre unos y otros te han robado! ¡Ea! ¡ acabó el llanto, se acabó! ¡A reir! (*Limpiándole los ojos c su pañuelo.*) ¡Sécate esas lágrimas! (*Se levantan las dos.*) ríete, Rosa Luisa, ríete; que cuando vuelva tu marido te e cuentre con cara de Pascua y no de Viernes Santo. (*Rosa Lu sa se sonríe.*) ¡Así! ¿Tienes aquí a tu madre y temes toda vía? ¡No, Rosa Luisa, no temas, ni te apures, que tu madr hará que tus espinas se conviertan en rosas y tu llanto e rocío! (*Rosa Luisa vuelve a sonreirse.*) ¡Así! ¡Ríete! ¡Riet ¡Así!

R. LUISA.—(*Abrazando a su madre con sincera emoción*) ¡Mamá!

ANGELES.—(*Con las lágrimas en la garganta.*) ¡Hija del al ma! (*Y confundidas en un estrecho abrazo permanecen la dos hasta que por la izquierda del foro aparece SALUD, co el perrito en brazos.*)

SALUD.—Pero ¿hasta cuándo, Jesús mío? Ya está bien, se ñora, ya está bien, que entre los abrasos que le dé su marí y los que usté le yeva daos desde que llegamos, eya, que e tan poquita cosa, se va a quedá en los huesos. ¡Ya está bien señora!

ANGELES.—(*Limpiándose los ojos con su pañuelo.*) ¿Qué sa bes tú, lagartija?

ANGELES.—¡Vaya, y con sus lagrimitas y to, pa que no far te na!

ANGELES.—¿Tomó ya leche mi rey?

SALUD.—Sí, señora. Y que no ha dejao gota.

ANGELES.—¡Pobrecito mío y qué hambrecilla tenía!... ¡Pues anda y acuéstalo, Salud!

SALUD.—Ya mismo. Y, si le parese a usté, iré sacando las cosas de las maletas y colocándolas en su sitio.

ANGELES.—Es una idea. Me parece muy bien.

SALUD.—(*A Rosa Luisa y señalando a Angeles.*) Oye tú, Rosa Luisa, le tienes que reñí.

R. LUISA.—¿Por qué?

SALUD.—Porque desde que tú te viniste a los Madriles, no ha vuerto a tomá er *fósforo-rená* que le recomendó er médico.

ANGELES.—¡Charlatana! Pero ¿quién te manda a ti decir lo que no debes? ¡Vete de aquí! (*Salud se va por la segunda derecha.*)

R. LUISA.—¡Pues eso no, mamá!

ANGELES.—Pero, hija, si ya no lo necesito, si me encuentro y fuerte y muy bien, gracias a Dios. ¡Déjame descansar galipuches!... (*Por la derecha del foro aparece BERMUDEZ.*)

BERMUDEZ.—¿Señora?

R. LUISA.—¿Eh?

BERMUDEZ.—Los señores de Zaragoza, que si pueden pasar.

R. LUISA.—¡Que pasen! (*Bermúdez se va por donde vino.*)

ANGELES.—¿Quién?

R. LUISA.—Carmelina y su marido. Me alegro. Así conoce- al *grueso* de mis amistades. (*Hay una pequeña pausa. Por izquierda del foro entran en escena CARMELINA y ANTONO. Este último es un chico joven y apuesto, que viste traje de americana.*)

CARMELINA.—(*Besando a Rosa Luisa efusivamente.*) ¡Rosa isa! ¡Mujer! ¡Que sea enhorabuena! Tu madre, ¿no? (*Rosa isa asiente con la cabeza.*) Ya sabía yo que había venido. (*Saludando a Angeles.*) ¡Mucho gusto en conocerla, señora!

ANGELES.—El gusto es mío.

ANTONINO.—(*Saludando a Rosa Luisa.*) ¿Qué tal, Rosa Luisa? (*Saludando a Angeles.*) ¿Qué tal, señora?

R. LUISA.—(*Presentando.*) Los señores de Zaragoza. Carme-a y Antonino. Puede decirse que mis únicos amigos de adrid.

ANTONINO.—Con ello nos honramos.

ANGELES.—Pero siéntense ustedes, hagan el favor... (*Se sien- todos.*)

ANTONINO.—¡Encantados, señora!

CARMELINA.—(*A Rosa Luisa.*) Estuve aquí antes, cuando ha- as ido a la estación, y hablé con tu suegro. Ya te habrá ntado la novedad.

R. LUISA.—No he visto a mi suegro todavía.

CARMELINA.—La de Avendaño, ¿sabes?, que por el luto de su brino no puede ir a los toros y me ha regalado un palco. yo quería y Antonino también que fuésemos todos juntos.

R. LUISA.—Me parece de perlas. ¿Qué te ha dicho mi suegro?

CARMELINA.—Que por su parte no había inconveniente.

R. LUISA.—Y por la de nosotros, menos. ¡Iremos a los toros!

CARMELINA.—Vendrá también tu madre.

ANGELES.—¡Por Dios! Yo...

CARMELINA.—¡No faltaba más!

ANGELES.—Lo que ustedes quieran.

R. LUISA.—¿Quién torea?

CARMELINA.—¡Ah! No sé, ni me he fijado. Es la corrida de neficencia. Debe ser buen cartel.

ANTONINO.—¿El viaje bien, señora?

ANGELES.—Muy bien, sí, señor; con un poquito de retras causa de que a un vagón se le calentó no sé qué cosa y he tenido que estar parados más de media hora en la estación Vilches. Por lo demás, muy bien.

ANTONINO.—Y ahora, una temporadita aquí con la niña, ¿

ANGELES.—¡Figúrese usted!

ANTONINO.—(*A Rosa Luisa.*) Es muy joven su madre. ¡Y n guapa! (*A Angeles, por Rosa Luisa.*) Ya decía yo que a qu habría salido esta buena moza... ¡Tiene a quien salir! ¡Ti a quien salir!

ANGELES.—¡Por Dios! ¡Por Dios!

CARMELINA.—(*A Angeles.*) Sí, señora, es verdad; es usted m guapa, aunque usted no quiera.

ANGELES.—Pero ¿me hacen el favor de callarse? ¡Que van a sacar los colores a la cara! ¡Por Dios! ¡Muy amab los dos y muy gentiles! Ya sabía de ello por Rosa Luisa, p ahora he podido comprobarlo. (*Por la izquierda aparece PABL*

PABLO.—¡Amigos!...

ANTONINO.—¡Hola, Pablote!

PABLO.—(*Dándoles la mano a Antonino y a Carmelina.*) ¿Q hay, Antonino? Carmelina... ¡A sus pies!

CARMELINA.—Buenos días, Pablo. (*La mirada de inteligen que se cruza entre Carmelina y Pablo no pasa inadvertida p ra Angeles. Pablo da muestra de estar muy nervioso. La p mera en notarlo es su mujer.*)

R. LUISA.—¿Qué te pasa a ti? ¡Algo te pasa!

PABLO.—¿Qué quieres que me pase? ¡Papá!

R. LUISA.—¿Qué?

PABLO.—Nada; que, en cuanto ha sabido que estaba ac tu madre, dice que no puede permitir que se instale de cu quier manera y que él se marcha a un hotel para que e ocupe su cuarto, que es el mejor de la casa. ¡Nada m que eso!

CARMELINA.—¡Oh, es muy fino el general!...

ANGELES.—¡Pero yo soy más fina! Va usted a ver. (*Se vanta.*) Oye, Pablito; dile a tu padre que no sueñe y que a tes me voy yo al fin del mundo que causarle a él la men perturbación en su vida. Estaría bien que por mi culpa ¡Vamos, vamos, que no! ¡De ningún modo!

PABLO.—Sí, señora, sí; todo eso es muy razonable y es muy en su punto, pero ¿quién le convence? ¡Usted no cono a mi padre!

ANGELES.—¡Yo le convenceré!

PABLO.—(*Mirando hacia la izquierda.*) Pues... ¡A propósito! ¡Aquí le tiene usted. ¡A ver ahora! (*Todos se levantan. Por la izquierda aparece DON FRANCISCO JOSE DE ARIMATEA, elegantemente vestido con traje de americana; pelo planchado, perfumado y acicalado como si fuese un pollo. La impresión de Angeles le produce primero es de grata sorpresa, después de complacencia y satisfacción. Inconscientemente, al verla, se lleva mano a los bigotes, que aun lleva caídos, con idea de arreglárselos.*)

DON FRANCISCO.—¿Eh? (*Acudiendo a saludar a Angeles con gran prosopopeya.*) ¡Señora mía!...

ANGELES.—¡Don Francisco José!...

DON FRANCISCO.—Es un alto honor para mí recibirla a usted en esta casa que, desde este momento, le ruego que tenga por suya.

ANGELES.—El honor es el mío, señor, al estrechar su mano.

DON FRANCISCO.—Y ya le he dicho al chico que sentía en el alma que usted no nos hubiese avisado de su llegada a Madrid con tiempo suficiente para haberla rodeado de todas las comodidades que le son debidas; pero, por el pronto, sólo puedo ofrecer a usted mi habitación, que en este instante dejo libre para que usted se instale en ella a su placer, sin perjuicio...

ANGELES.—(*Atajándole.*) Mire usted, don Francisco José... ¡Y usted perdone! Yo soy una mujer muy llana y muy sencilla, enemiga de bambollas y de aparato... Efectivamente, su hijo y usted acaba de decirme que usted se va porque yo he venido, y eso ya comprenderá usted que ni está en el orden, ni lo puedo consentir. De forma que o se queda usted donde estaba o soy yo la que se va, pero que ahora mismo.

DON FRANCISCO.—¡Señora, por Dios!

ANGELES.—(*Enérgica.*) Sobre eso, ni una sola palabra, don Francisco José. ¡O los dos seguimos aquí, o usted lo pase bien, que yo me voy! (*Se dirige hacia la segunda derecha.*)

DON FRANCISCO.—¡Eso, no! (*Angeles se vuelve.*) Ante el dilema, cedo por complacerla, pero conste que yo lo hacia...

ANGELES.—¡Ni una palabra más! ¿Se queda usted?

DON FRANCISCO.—Obediencia es cortesía.

ANGELES.—¡Pues todos tan contentos y yo tan agradecida! Y ahora, déme usted un abrazo, don Francisco José, que ya es hora de que usted y yo nos conociésemos. ¿No le parece a usted?

DON FRANCISCO.—(*Abrazándola tímidamente.*) ¡Señora!... (*Mirándola luego con cierta coquetería y atusándose de nuevo el*

bigote.) (No está mal, ¡palotes!; no, señor. ¡Ni mucho me
Pero, ¿de dónde me habría yo sacado que era un estafo
esta mujer?)

ANGELES.—(*Yendo hasta la segunda derecha.*) ¡Salud!
la segunda derecha aparece SALUD.)

SALUD.—¿Señora?

ANGELES.—¿Salieron ya los regalitos?

SALUD.—Sí, señora.

ANGELES.—¡Pues tráetelos! (*Salud se va por la segunda
recha.*)

PABLO.—(*En grupo con Carmelina y Antonino.*) Os pod
quedar a comer con nosotros.

ANTONINO.—¡Quita allá!

PABLO.—¿Verdad, papá?

DON FRANCISCO.—¿Eh?

PABLO.—Que les digo a Carmelina y Antonino que por
no se quedan a comer con nosotros. (*Angeles mira altern
vamente a Pablo, a Carmelina y a Rosa.*)

DON FRANCISCO.—¡Muy bien, hijo! ¡Que se queden!

PABLO.—Y así, todos reunidos, después de comer, a la
za. (*A Antonino.*) ¡Es un programa, tú! (*Por la segunda d
cha sale SALUD con varios paquetes.*)

SALUD.—¡Los regalos, señora!

ANGELES.—Trae acá. (*Coge los paquetes y los pone sobre
mesita. Salud se vuelve a marchar por la segunda derec
No llegan a la categoría de regalos; son... unos simples
cuerdos. Pero, en fin, para que veáis que me he acordado
vosotros. (*Tomando un paquete.*) Esto para ti, Rosa Lu
¡Nada! Una blusita mona de seda que vi en casa de Meg
rry y te la he comprado. Toma.

R. LUISA.—Gracias, mamá. (*Desata el paquete para ver
blusa en compañía de Carmelina.*)

ANGELES.—(*Tomando otro paquete.*) Para ti, Pablo, un
cendedor. Tendrás catorce, pero ¿qué te iba a traer?

PABLO.—Muy agradecido, doña Angeles. (*Desata el paquet
en compañía de Antonino.*)

ANGELES.—También hay una cosita para usted, don Fra
cisco José. No tenga usted pelusa.

DON FRANCISCO.—Señora... ¡Nada de eso! (¡Dios mío!
amenaza la porcelana del Gran Poder! ¡Como si lo viera!)

ANGELES.—Le iba a haber traído a usted una capillita
Nuestro Padre Jesús del Gran Poder...

DON FRANCISCO.—(¿No digo?)

ANGELES.—Pensando que buena falta le haría a usted po-
rse a bien con Dios...
DON FRANCISCO.—¡Señora!
ANGELES.—Pero me habían asegurado que era usted muy
oso y he preferido traerle unos polvorones rellenos, cor-
dillos de cidra, como los llamamos allí, de casa de Gayango.
*omando otro paquete y dándoselo a don Francisco, que no
le de su asombro.*) ¡Ahí van!
DON FRANCISCO.—¡Obligadísimo, señora! No ha podido us-
d escoger nada tan de mi gusto.
ANGELES.—Lo celebro.
PABLO.—(*Viendo el encendedor.*) ¡Precioso el encendedor!
R. LUISA.—(*Viendo la blusa.*) ¡Muy bonita la blusa!
PABLO.—Bueno, ¿qué? ¿Comemos, papá? Es la una.
DON FRANCISCO.—Cuando las señoras dispongan. (*Por la de-
cha del foro irrumpe alegremente en escena PACHIN.*)
PACHIN.—¡Muy buenas tardes! (*Se queda un poco cortado al
r tanta gente, reparte unos cuantos saludos con la cabeza y
ego se dirige a don Francisco.*)
DON FRANCISCO.—¡El que faltaba!
PACHIN.—¡Todo listo, chico! Las dos habitaciones de la ro-
ada. ¡Las mejores del hotel! Un poco caro, eso sí, pero co-
o vas a pagar tú...
DON FRANCISCO.—¡Ca!
PACHIN.—¿Cómo ca?
DON FRANCISCO.—¡Que no!
PACHIN.—¿Cómo que no?
DON FRANCISCO.—¡Que me quedo en casa!
PACHIN.—¿Eh?
DON FRANCISCO.—Tendrás que volver a deshacer el trato.
PACHIN.—¡Zambomba!
DON FRANCISCO.—Ven que te presente. ¡Angeles! (*Presentan-
.*) La señora viuda de Moscoso. Nuestro amigo don Fran-
co **Minguez.**
PACHIN.—¡Tantísimo gusto, señora!
ANGELES.—¡Ah! (*Mirando a Rosa Luisa.*) ¡Minguez! ¡Mín-
ez! (*A Pachin.*) ¡Muy señor mío!... Beso a usted la mano.
PACHIN.—(*Volviendo a don Francisco.*) ¿De modo que te
edas?
DON FRANCISCO—Sí, chico; me quedo.
PACHIN.—¡Caray!
DON FRANCISCO.—¡Me quedo! (*Mostrándole su paquete.*) Y
ate. Nada de estampitas del Gran Poder ni de la Maca-
a. ¡Polvorones de casa de Gayango!

PACHIN.—¡Acabáramos! ¡No me digas más!

PABLO.—(*A Angeles.*) Si, señora, sí. Candelaria ha coloc una cama para que duerma Salud en el cuarto de los baú Así que todo está ya arreglado.

ANGELES.—Me alegro.

PABLO.—El único que se queda sin tener sitio donde dor es Pachín.

ANGELES.—¿Cómo que no? ¡Pachín duerme conmigo! ¡Si primero que he hecho yo ha sido traerle su camita!

PACHIN.—¿Mi camita?

R. LUISA.—(*Riéndose.*) ¡No, mamá!

ANGELES.—¡Vamos! ¡Lo vas a ver! (*Yendo hasta la segu derecha.*) ¡Salud, sácate la camita de Pachín!

R. LUISA.—(*Sin dejar de reírse.*) ¡Que no es eso, mamá! ¡ te confundes! (*Rosa Luisa y Pablo se congestionan de risa. pectación en todos. Por la segunda derecha sale SALUD con camita de juguete, propia para el perrito.*)

ANGELES.—(*Mostrando la camita.*) ¡Aquí está!

PACHIN.—¡Recorcho! Y en esa cama ¿cree usted, señ que voy a dormir yo?

ANGELES.—Y ¿quién ha dicho que duerma usted?

PACHIN.—¡Es que yo soy Pachín!

ANGELES.—¡Y mi perro!

(*Explosión general de risa, menos en Pachín, que se ind na muchísimo.*)

TODOS.—¡Ah!

DON FRANCISCO.—¡Muy divertido! ¡Muy divertido!

PACHIN.—¿Su perro? ¿Eh? (*Mirando a todos.*) ¡Gorosti Pero ¿qué chufla es ésta? (*Echando por la calle de en med ¡Vaya, vaya! ¡Quedaos con Dios y no contéis conmigo m (*Sale Pachín de estampía por el foro derecha. Angeles le vuelve la camita a Salud y ésta se va con ella por la segu derecha.*)

PABLO.—¡Pachín!

ANGELES.—(*Sorprendida.*) Pero ¿qué le pasa? ¿Se ha fadado?

R. LUISA.—¡Claro, mamá! Como él se llama Pachín ha c do que te burlabas de él al mostrarle la camita del perro..

ANGELES.—(*Apuradísima.*) ¿Yo? ¡No, por Dios! ¡Pobre mí! ¡Que le llamen! (*Corriendo hacia el foro en su bus ¡Señor! ¡Oiga!

DON FRANCISCO.—(*Deteniéndola.*) No se preocupe usted, ñora, que, precisamente, hoy poseo yo la palabra mágica ra que vuelva ese saltamontes. Ahora lo verá usted. (*Salie

l pasillo del foro y gritando:) ¡Pachín! ¡Que tenemos rá-
ioli...

(*Por el foro vuelve rápidamente PACHIN.*)

PACHIN.—¡Es verdad! ¡Ya no me acordaba!

DON FRANCISCO.—(*Sin dejar de reírse.*) ¿Lo ve usted? ¿Lo
e usted?

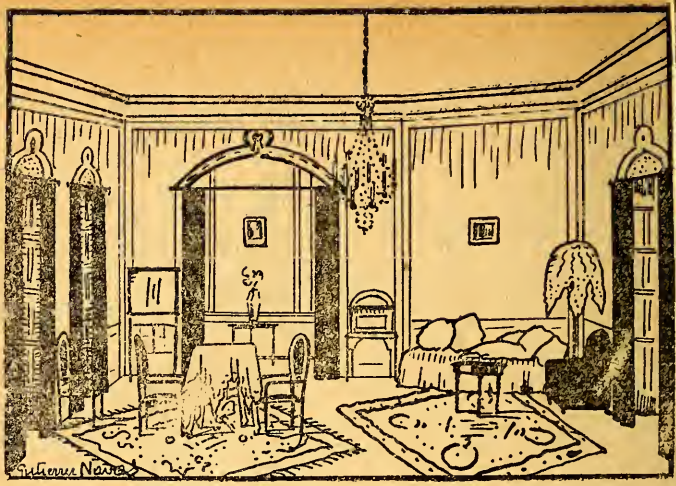
ANGELES.—(*A Pachín.*) Pero, perdóneme usted, señor, que yo
o sabía...

PACHIN.—(*Muy mosca todavía.*) ¡Nada, señora, nada! ¡Bien
stá! ¡Bien está!

DON FRANCISCO.—¡Muy divertido! ¡Muy divertido!

(*Y entre las disculpas de Angeles, la indignación de Pachín
las risas de Don Francisco y los demás, cae el telón mientras
nos y otros van desapareciendo por el foro izquierda camino
el comedor.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Se supone que ha transcurrido poco más de una semana. Es de día, en las primeras horas de la tarde.

(Al levantarse el telón aparecen en escena ANGELES y ROSA LUISA; aquélla sentada a la mesa de escritorio escribiendo una carta y ésta indolentemente recostada en la cama turca, leyendo un libro. Hay una pausa. Por la derecha del foro entra SALUD, con vestido negro, delantal blanco y cofia.)

SALUD.—*(Con voz de misterio.)* ¡Niña! ¡Rosa Luisa!

R. LUISA.—*(Sin moverse.)* ¡Entra! ¿Qué quieres?

SALUD.—¡Tu amiga!

R. LUISA.—¿Quién?

SALUD.—¡La mujé der militá!

R. LUISA.—*(Incorporándose y dejando el libro sobre una mesita)* ¿Carmelina? ¡Que pase!

ANGELES.—¡Porra con Carmelina, que nos la vamos a encontrar hasta en la sopa!

R. LUISA.—¡Vaya por Dios! Te ha sido poco simpática Carmelina.

ANGELES.—No es eso, hija.

R. LUISA.—¿Qué me vas a contar? Te lo noté desde el primer día... Ya te dije que era asidua de la casa.

ANGELES.—Demasiado tal vez. Bueno, pues, si la recibes, procura despacharla prontito, que no es cosa de que se nos poltrone aquí y nos estropee la tarde.

R. LUISA.—¡Descuida, mamá! (*A Salud.*) Dile que pase.

ANGELES.—(*A Salud.*) ¡Aguarda! (*Mete la carta en un sobre, lo cierra y se lo da a Salud.*) Toma. Dale esta carta a Bermúdez que le ponga los sellos y que me la eche en el estanco más próximo.

SALUD.—¡Muy bien, señora! (*Vase por la derecha del foro.*)

R. LUISA.—¿A quién escribes?

ANGELES.—A don Jesusito, mi administrador, para que no esté preocupado el hombre. Le dije que mi estancia en Madrid no duraría arriba de tres días y llevo nueve... ¡Tú calla!

(*Por la derecha del foro aparece CARMELINA.*)

CARMELINA.—¿Se puede?

R. LUISA.—¡Adelante, Carmelina!

CARMELINA.—(*Besando a Rosa Luisa.*) ¿Cómo estás?

R. LUISA.—¿Bien, y tú?

CARMELINA.—(*Saludando a Angeles, que se ha levantado al llegar ella.*) ¡Buenas tardes, señora!

ANGELES.—Buenas tardes.

CARMELINA.—(*A Rosa Luisa.*) Dirá tu madre que soy una holgazana...

ANGELES.—(¡Esto es que me ha oído!)

R. LUISA.—¡Quita mujer! ¡Qué cosas se te ocurren!

ANGELES.—¡Por Dios! Al contrario. Precisamente comentaba ahora con Rosa Luisa que hoy se retrasaba usted ya.

CARMELINA.—¡Pues vengo una hora antes!

ANGELES.—¡Para que vea usted!

CARMELINA.—(*A Rosa Luisa.*) ¿Se ha marchado tu suegro?

R. LUISA.—Todavía, no.

CARMELINA.—¡Menos mal! Y tu marido, ¿estará en el Aero?

LUISA.—En el Aero.

CARMELINA.—Allí ha ido ahora a buscarle Antonino. ¡A ver entre todos llegamos a tiempo!

R. LUISA.—¿A tiempo de qué? Siéntate. (*Se sientan las tres.*)

CARMELINA.—Confío en que ustedes también me ayuden.

R. LUISA.—Si no te explicas...

CARMELINA.—Verás. Es que esta mañana se ha muerto Zalvar, el capitán profesor de la Escuela de Tiro.

R. LUISA.—Bueno, ¿y qué?

CARMELINA.—Que ahora es la ocasión de que tu suegro nos demuestre si es verdad ese cariño que dice que nos tiene.

R. LUISA.—¿Cómo?

CARMELINA.—Haciendo que a Antonino le incluyan en la terna para ocupar la vacante y procurando luego que el ministro lo elija.

ANGELES.—Por pedírselo nosotras no ha de quedar. Esté usted tranquila.

CARMELINA.—Muchas gracias, señora. Es que todo hace falta. Hágase usted cargo... Ni Antonino ni yo tenemos bienes de fortuna y la paga de capitán es tan exigua... Singularmente en Madrid, donde es un horror lo que se gasta. Por eso, la gratificación que el puesto de profesor de la Escuela supone nos vendría que ni pintada. Créame usted.

ANGELES.—Entendido, Carmelina, entendido. (*Después de mirar hacia la izquierda.*) Mire usted; aquí sale Paco, precisamente. Ahora veremos lo que se consigue.

CARMELINA.—¡No, por Dios! Delante de mí no le digan ustedes nada al general. Parecería un atraco. Después, ustedes a solas.

ANGELES.—Como a usted le plazca.

CARMELINA.—Es mejor.

(*Por la izquierda sale DON FRANCISCO JOSE DE ARIMATEA, poniéndose los guantes, con el sombrero encasquetado y el bastón bajo el brazo izquierdo. Luce un magnífico terno de lanilla de tonos claros. Los bigotes los lleva perfectamente atusados y en forma horizontal, tal como contó Candelaria en el acto primero que los solía usar cuando había moros en la costa. De la acritud con que nuestro buen Don Francisco José se expresaba en el acto anterior al tono dulce y paternal que ahora emplea media un abismo.*)

DON FRANCISCO.—¡Bueno, hijas mías, quedaos con Dios! (*Advirtiendo la presencia de Carmelina y acudiendo a saludarla.*) ¡Caramba, Carmelina! ¿Qué tal?

CARMELINA.—Encantada de verle siempre, don Francisco José tan pollo y tan guapo. ¡Que aprendan los jóvenes!

DON FRANCISCO.—(¡Algo quiere ésta!) Me favorece usted demasiado, Carmelina.

CARMELINA.—¡Justicia, general!

ANGELES.—(Le gusta el hijo, le da coba al padre... ¡Ay, qué señora de mis culpas!)

DON FRANCISCO.—¿Tenéis plan? ¿Qué vais a hacer?

ANGELES.—Rosa Luisa y yo, en cuanto Carmelina se vaya...

R. LUISA.—¡Mamá!

ANGELES.—¿Qué te sucede? ¿Es que se va a quedar aquí Carmelina?

CARMELINA.—¡Claro que no!

ANGELES.—Por eso digo... En cuanto se vaya pensamos subir a pagar unas cuantas visitas a los vecinos de la casa.

DON FRANCISCO.—Tu ocupación diaria y favorita. ¡Hay que ver! Nosotros, que, gracias a Dios, no nos tratábamos con nadie, ahora, gracias a tí, nos encontramos relacionados con los veintitrés inquilinos de los veintitrés cuartos de la finca. ¡Una delicia!

ANGELES.—Ya se ve que sí.

DON FRANCISCO.—Para ti que, como buena andaluza, te gusta meterte en todas partes a oler lo que guisan, pero a mí... ¡A mí sólo de pensarlo me dan escalofríos!

ANGELES.—Porque eres un hurón.

DON FRANCISCO.—Por lo que sea. Y bien, cuando tú vuelvas a Sevilla, ¿qué va a pasar? ¿Crees que yo voy a seguir en amistad con toda esa gente?

ANGELES.—¿Por qué no?

DON FRANCISCO.—¡Ca! ¡Primero me mudo!

ANGELES.—Además, que nadie dice que tú sigas. Seguirá ésta, que es lo natural. Lo que no podía ser de ninguna manera era la incomunicación en que viviais. ¡Compréndelo, Paco!

DON FRANCISCO.—En fin, ello quiere decir que os pensáis pasar la tarde de visiteo. ¿No es eso?

ANGELES.—¿Por qué lo preguntas?

DON FRANCISCO.—Para saber si he de venir o no a tomar el té con vosotras.

ANGELES.—¿A las cinco? ¡A las cinco ya estaremos de vuelta!

DON FRANCISCO.—Entonces, ¿vengo?

ANGELES.—¡No faltaba más!

DON FRANCISCO.—Conforme. ¡Pues hasta luego! (*Despidiéndose.*) Carmelina...

CARMELINA.—¡Vaya usted con Dios, buen mozo!

DON FRANCISCO.—Muchas gracias, Carmelina. (Lo dicho: que ésta quiere algo. ¡Seguro!) (*Dándole una palmadita cariñosa en la mejilla a Rosa Luisa.*) ¡Adiós, nena!

R. LUISA.—¡Adiós, papá!

DON FRANCISCO.—(*A Angeles, en el momento de ir a despedirse de ella.*) ¡Ah, oye, antes de que se me olvide! A ese gazapiro de Bermúdez me lo he encontrado en la pasillo, cuan-

do venía hacia acá, estudiando el catecismo, que dice que tú se lo has mandado. ¿Me quieres explicar qué es eso?

ANGELES.—Muy sencillo. El gaznápiro de Bermúdez, como tú le llamas y con muchísima razón, porque bruto es para ganarse un premio, me andaba, desde que vinimos, levantando de cascos a mi doncella, y mi doncella, otra que tal, no le ponía mala cara. Como a esa muchacha la he criado yo y le tengo afecto, no me daba la gana de que a escondidas mías hablase con vuestro asistente, y esta mañana los he llamado a capítulo a los dos y les he dicho: vamos a ver, muchachos, ¿vosotros os queréis? Los dos me han contestado que sí, que se adoran y que están dispuestos a no separarse nunca; en vista de lo cual y con el fin de dejarlos casados antes de marcharme, porque de otra manera yo no permito que se quede aquí Salud ni aun que me lo pidan frailes descalzos, le he dado un catecismo a Bermúdez para que se vaya instruyendo en doctrina cristiana, ya que lo primero que ha de hacer es confesarse y comulgar, y de mi obligación corre, como debes suponer, que vaya preparado.

DON FRANCISCO.—¡Pero eres el demonio! ¿A quién se le ocurre?...

ANGELES.—A mí. ¿Qué pasa? ¿Es que no puede casarse Bermúdez, quizás?

DON FRANCISCO.—¡Claro que puede! El servicio militar lo tiene cumplido con exceso... ¡Pero, vamos, mujer!...

ANGELES.—Mira, si les sale bien o mal, allá ellos...

DON FRANCISCO.—¡Toma! Por mí... (*Suena el timbre del teléfono y don Francisco va hacia el aparato.*) ¡Un momento. Con permiso. (*Poniéndose al aparato.*) ¿Quién? Sí. ¡Ah! ¿Eres tú, Pachín? ¿Cómo te encuentras? ¡Vaya! Me alegro. No he podido, chico. Perdóname. Pero he preguntado por ti a diario. Mucho trabajo, sí. (*Sonriéndose.*) Bien. Bien. Como quieras. Cuando quieras. ¡Hasta ahora, Pachín! (*Cuelga el auricular.*) Pachín, muy enfadado porque no he ido a verle ni un solo día de los ocho que ha estado en cama con el catarro que cogió al salir de aquí la tarde aquella de los toros... Y tiene razón. Dice que vendrá ahora, dentro de un rato. Si yo no hubiera vuelto aún, que me espere, ¿eh? ¡Hasta luego! Buenas tardes. (*Vase por la derecha del foro.*)

CARMELINA.—Buenas tardes, general.

ANGELES.—¡Anda con Dios!

CARMELINA.—¡Hija, está desconocido el general! Jamás le he hallado tan afectuoso con nadie. (*A Angeles.*) Y usted ya he

visto el terreno que ha ganado en su afecto... ¡Hasta le habla ya de tú!...

ANGELES.—Como que era una ridiculez hablarnos de usted, siendo de la familia. ¡De él mismo partió el tuteo! (*Levantándose, de pronto.*) ¡Bueno, Rosa Luisa, con permiso de Carmelina, vamos a eso! (*A Carmelina.*) Usted no se enfada, ¿verdad? (*Rosa Luisa y Carmelina se ponen de pie.*)

CARMELINA.—¡Por Dios, señora!

ANGELES.—Como hay confianza... ¡Por eso la tratamos así!

CARMELINA.—Ya lo comprendo.

ANGELES.—(*Yendo hacia la puerta del foro.*) ¡Salud!

CARMELINA.—(¡Las despachaderas que tiene esta señora! Si no fuéra por lo que es, ya le diría yo...)

R. LUISA.—(*A Carmelina.*) Vuelve luego, si acaso, a ver si ya hemos podido nosotras hablar con mi suegro de lo tuyo.

ANGELES.—Eso es; vuelva usted luego... (*Por la izquierda aparece SALUD.*)

SALUD.—¿Señora?

ANGELES.—Oye, Salud; vamos al principal y al segundo. Si por casualidad viniese don Pachín en ausencia nuestra o del señor, dile de parte del señor, que tenga la bondad de esperarle, que no tarda.

SALUD.—Descuide usted.

ANGELES.—¡Anda, Rosa Luisa! ¿Vamos, Carmelina? (*A Salud.*) Ya lo sabes: si viene don Pachín, que aguarde. (*Se van por la derecha del foro animadamente Angeles, Rosa Luisa y Carmelina.*)

SALUD.—Sí, señora, sí. (*Entra en escena y cautelosamente mira por la puerta de la izquierda.*) ¡Ahí está! ¡Pobresito mío! ¡Sorbiéndose el Catesismo! En eso no más se ve lo que me quiere. ¡Ay, que viene hasia aquí! (*Salud prudentemente se retira al foro. Por la izquierda sale BERMUDEZ estudiando el catecismo.*)

BERMUDEZ.—(*Leyendo.*) ¿Sois cristiano? Sí, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Sí, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Sí, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Sí, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. (*Leyendo.*) ¿Qué quiere decir cristiano? Hombre que tiene la fe de Cristo, que profesó en el bautismo. Hombre que tiene la fe de Cristo, que profesó en el bautismo. Sí, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Hombre que tiene la fe de Cristo, que profesó en el bautismo. Sí, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Sí, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Sí, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo...

SALUD.—(*Gritándole.*) ¡Eh! ¡Para ya, tú, hijo, que eres una moto!

BERMUDEZ.—Vete, Salud, y no me soliviantes, que tengo que saberme esto de memoria pa cuando luego me lo tome la señora.

SALUD.—Pero ¿es que no te acuerdas ya der catesismo?

BERMUDEZ.—De unas cosas sí y de otras no.

SALUD.—Pos descansa un rato, hombre, que no es tampoco puñalá de pícaro.

BERMUDEZ.—Es que quiero demostrarle a tu señora que aquí hay vergüenza y pundonor pa el estudio.

SALUD.—A mi señora no hase farta demostrarle na, que los que habemos tenío la suerte, como eya y como yo, de nasé en Seviya, nos enteramos de to sin nesesidá de demostrasiones.

BERMUDEZ.—¿Ya vamos a empezar otra vez? ¡Pos estás tú poco orgullosa de ser sevillana!

SALUD.—¡Porque se puede!

BERMUDEZ.—Pero ¿qué más tendrá, digo yo, ser de un sitio que de otro?

SALUD.—¡Ay, no, hijo! Ser de Seviya es una honra. ¡Güeno! ¿Vamos a no hablá de eso? ¡Ea! ¡Pos vamos a no hablá! O, si quieres, te cuento un susedío. Mira: una ve iban en un vagón de tersera varios quintos como tú, y charla que te charla, salió de entre eyos la conversasión sobre la tierra en donde habían nasío. Yo soy de Córdoba, dijo éste; yo, de Granáa, repuso aquél; yo, de Cadí; yo, de Málaga; yo, de Jeré... ¡Tos hablaron! Menos uno, que se quedó arrinconao y cayaíto en un estremo der vagón. Y usté, amigo, ¿de dónde es?, le preguntaron. ¿Yo?, de Seviya. Y ¿por qué no lo ha dicho usté? Y er ta, encogiéndose de hombros y poniendo una cara mu humirdísima, les contestó: ¡Phs! ¡Pa no presumí! ¡Conque, aplícate er cuento, Bermúdez!

BERMUDEZ.—(*Sonriéndose.*) ¡Qué cosas tienes!

SALUD.—¡Ay, oye! ¿Sabes que no me resurta a mí eso de Bermúdez siendo novia tuya? ¿Cómo te yamas?

BERMUDEZ.—José. (*Dentro suena un timbre.*)

SALUD.—¿José? ¡Tampoco me resurta! José... Te diré Pepito. ¿Quieres? Es un nombre bonito y cariñoso.

BERMUDEZ.—Viniendo de tus labios, to es pa mí solomillo. ¡Hasta el Pepito! (*Abrazándola por la cintura*) ¡Mi vida! (*Dentro vuelve a sonar un timbre, ahora prolongadamente. Por la izquierda del foro aparece CANDELARIA, la cual se delie-*

ne un momento a la puerta, contemplando la escena con gesto de mal humor.)

CANDELARIA.—¡Así me gusta!

BERMÚDEZ.—¡Negra!

CANDELARIA.—(*En voz más alta.*) ¡Así me gusta!

SALUD.—(*Azorada.*) ¡Candelaria! ¡Jesú!

BERMUDEZ.—¿Qué?

SALUD.—¡Retírate, por Dios, Pepito!

BERMUDEZ.—(*Volviendo al catecismo para disimular.*) Sí, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Sí, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

CANDELARIA.—(*Encarándose con Salud.*) ¿No oye usted que llaman, joven?

SALUD.—No, señora.

CANDELARIA.—(*A Bermúdez.*) Y tú, bibelote, ¿tampoco oyes llamar?

BERMUDEZ.—(*En lo suyo.*) Sí, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

CANDELARIA.—¿Eh?

BERMUDEZ.—Digo, no, por la gracia... (*Salud se ríe.*)

CANDELARIA.—(*Amoscada.*) ¡Vaya una gracia, hombre! Tendré que abrir yo, mientras los *señoritos* retozan. ¡Estoy más harta! (*Vase refunfuñando por la derecha del foro.*)

SALUD.—¡Se ha enfadao, tú!

BERMUDEZ.—Por eso te aconsejé que me dejaras.

SALUD.—Ya te dejo. (*Salud se dirige hacia el foro y Bermúdez hacia la puerta de la izquierda, repasando el catecismo.*) (*Leyendo.*) ¿Qué cosa son los ángeles? Espíritus soberanos que están a Dios alabando. ¿De qué sirven más que de eso? De guardar a los hombres y traer y llevar a Dios recados suyos.

SALUD.—(*Siseándole a Bermúdez desde la puerta del foro.*) Ssss, Ssss...

BERMUDEZ.—¡Que me dejes, mujer!

SALUD.—(*Zalamera.*) ¿Me quieres mucho, Pepito?

BERMUDEZ.—(*Meloso.*) ¡Más que a las niñas de mis ojos!

SALUD.—¡Ay, qué madrileño más farso!

BERMUDEZ.—¿Falso yo? ¡Eso si fuera sevillano! Suéname y verás.

SALUD.—¡Anda y que te suene tu abuela! (*Desaparece por la izquierda del foro.*)

BERMUDEZ.—(*Intentando seguirla.*) ¡Chiquilla!... (*Arrepintiéndose de pronto, dando media vuelta girado sobre los talones y*

dirigiéndose hacia la izquierda repasando el catecismo con el tonillo propio de los párvulos en las escuelas.)

Todo fiel cristiano
está muy obligado
a tener devoción,
de todo corazón,
con la Santa Cruz...

(Desaparece Bermúdez por la izquierda. Hay una pausa. Por la izquierda del foro aparecen CANDELARIA y PACHIN, éste sin soltar el bastón, como de costumbre.)

CANDELARIA.—Pase usté, don Pachín, pase usté. ¿Qué ha sido de su vida? ¡Tantos días sin venir por aquí!...

PACHIN.—Pero ¿no sabe usted que he estado malísimo?

CANDELARIA.—No, señor.

PACHIN.—¡Pues sí, señora! Y me he podido morir, sin que ninguno de esta casa se haya tomado la molestia de ir a verme.

CANDELARIA.—Bueno, no me extraña; ni le extrañe a usté tampoco, don Pachín, porque esta casa no es la misma que usté conoció, desde punto y hora que puso en ella el pie la madre de la señorita Rosa Luisa...

PACHIN.—Pero ¿está aquí todavía esa señora?

CANDELARIA.—¡Anda, anda! ¡Y lo que te rondaré, morena!...

PACHIN.—¡Caracoles! ¿De modo que mi habitación?...

CANDELARIA.—Ocupá por ella y por su perro pa *sécula seculórum.*

PACHIN.—¡No me hable usted del perro, Candelaria!

CANDELARIA.—*(Riéndose.)* Es verdad, no había caído que el perro se llama como usté: Pachín.

PACHIN.—Y es lo que yo pienso; señor, si el perro es pachón, no me explico que le digan Pachín, como no sea por molestarme.

CANDELARIA.—Y a lo mejor... ¡Vaya usté a saber! De un cuidao es la señora... ¡Más conchas tiene que un galapago! ¡Señor, si hasta en mi terreno se ha metido!... ¡No le digo a usté más!

PACHIN.—¿En su terreno?

CANDELARIA.—¡Vamos! ¡En la cocina, don Pachín! Y hoy que me va usté a dejar que le haga yo al señor unas albóndigas de mi invención, con picadillo de riñones y salsa holandesa... ¡Y el señor que se relame de gusto con las albóndigas!

PACHIN.—¡Caray! Pues no estarán malas. Dice usted que picadillo de riñones... ¿Cuándo las ponen otra vez?

CANDELARIA.—¡Don Pachín, que estoy hablando en serio!

PACHIN.—¡Anda, y en serio le pregunto yo a usted lo de las albóndigas. ¿Qué se había usted creído? (*Dentro, hacia la izquierda del foro, se oye la VOZ DE SALUD.*)

SALUD.—(*Dentro.*) ¡Pachín!

PACHIN.—¡Voy! (*A Candelaria.*) ¿Es a mí?

CANDELARIA.—No, señor; al perro.

PACHIN.—(*Amoscado.*) ¡Vaya, hombre! ¡Me revienta el equívoco! (*Por la izquierda del foro entran alegremente en escena PABLO y ANTONINO, los dos con trajes de americana y sin sombrero.*)

PABLO.—¡Caramba, a quién tenemos aquí! ¡Pachín! ¿Cómo estás, hombre?

ANTONINO.—¿Qué ha sido eso, don Pachín?

PACHIN.—¡Hola, Antonino! Nada; un catarro con honores de pulmonía. Dos días en cama con cuarenta grados de fiebre... Afortunadamente, ya pasó y me encuentro bien.

PABLO.—(*A Candelaria.*) ¿Y la familia?

CANDELARIA.—Tu padre en el Ministerio.

PABLO.—¿Cómo? Si de allí venimos nosotros y no estaba. ¿Oyes, Antonino?

ANTONINO.—¿Eh?

PABLO.—¡Que nos hemos cruzado con mi padre en el trayecto!

ANTONINO.—¡Paciencia, chico! ¡Mala suerte!

PABLO.—(*A Candelaria.*) ¿Y mi mujer y mi suegra?

CANDELARIA.—Por los pisos, creo, haciendo visitas...

PACHIN.—Pero, ¿es que ya os tratáis con la vecindad?

PABLO.—Gracias a mi suegra.

PACHIN.—¿También con los vecinos de enfrente?

PABLO.—Con esos, mas que con nadie.

PACHIN.—¡A ver si ya ahora me saludan cuando me los encuentre por la escalera!

PABLO.—¡Seguro que sí!

CANDELARIA.—¿Quieres algo, Pablito?

PABLO.—Nada, Candelaria.

CANDELARIA.—Pues... Con permiso. ¡Buenas tardes!

ANTONINO.—Buenas tardes. (*Vase Candelaria por la izquierda del foro. Pablo y Antonino se sientan.*)

PABLO.—(*A Pachín.*) ¡Siéntate, hombre! Y cuéntanos.

PACHIN.—(*Sentándose.*) ¿Quién? ¿Yo? ¿Tienes un pitillo, qu me he dejado la petaca en casa?

PABLO.—(*Dándole un pitillo.*) Ahí va.

PACHIN.—Tú serás el que tenga que contarme.

PABLO.—Poca cosa, chico. Como no sea para hacerte el pana gírico de mi suegra... ¿Querrás creer que en los días que lle va aquí mi mujer no me ha hecho ni una sola escena d celos?

PACHIN.—¡Ah! Pues ten por seguro que no se acaba el d hoy sin que te la haga.

PABLO.—¡Tú, no me asustes! ¿Es que sabes algo?

PACHIN.—Lo único que sé es que esta mañana ha estad en casa a verme nuevamente la Velázquez, o Rosarito, si e mote te molesta, para decirme que, en vista de tu roñosería palabra textual de su escogido vocabulario, ha decidido coge tus cartas y mandárselas a Rosa Luisa.

PABLO.—(*Saltando del asiento.*) ¡No! ¡Por tu madre, Pachín

PACHIN.—Hijo, eso me ha asegurado ella. Yo me limito trasmitirte fielmente sus palabras. *Relata réfero*, que dirí Manolito.

PABLO.—¿Quién es Manolito?

PACHIN.—Un amigo mío, que cuando no le entiendes un cosa en castellano, te la aclara en latín para que definitiva mente te quedes en ayunas.

PABLO.—¡Ah, bueno! Pero eso de Rosarito no puede ser. Ne cesito que tú me lo arregles, Pachín... ¡Como sea!

PACHIN.—Dame dos mil pesetas.

PABLO.—¡Caray! Es demasiado. Dos mil pesetas por una cartas...

ANTONINO.—¡Qué abuso! (*Por la puerta del foro aparec SALUD.*)

SALUD.—¿Señorito?

PABLO.—¿Qué hay?

SALUD.—Los señores de enfrente.

PACHIN.—¡Hombre! Los del saludo. ¡Que me alegro!

PABLO.—(*A Salud.*) ¡Que pasen! Diles que pasen. (*Vase Sa lud por la derecha del foro.*) Y vámonos nosotros aquí, al ga binete de mi padre. (*A Pachín.*) Te daré mil, Pachín. ¿No t parece? Creo que ya está bien. Mil pesetas... No se podrá quéj jar. Bueno y siempre a condición de que me recojas toda l correspondencia. (*Le empuja.*)

PACHIN.—Pero ¿no me vas a dejar que salude a los vecinos? ¡Que es ya una obsesión, Pablito! ¡Déjame que los saludo

PABLO.—¡Vamos, anda! ¿Qué me dices al eso de las mil?

PACHIN.—Que será inútil. Se ha fijado ya el tipo de dos mil estoy seguro de que no rebajará ni un céntimo.

PABLO.—O mil quinientas...

PACHIN.—Tampoco.

PABLO.—¿Pero es que va a tener palabra de rey?

PACHIN.—En este caso, de presidente de la República. (*Desarece por la izquierda.*)

PABLO.—Pasa, Antonino, pasa.

(*Antonino y Pablo se marchan por la izquierda. Hay una pau- Por la derecha del foro aparecen SALUD, AURELIA y DON MAS. Aurelia es una mujer joven y guapa, que viste con cier- elegancia y no lleva sombrero, y su marido, don Dimas, un ior gordo y campechanote, de más edad que su mujer, que ite de blanco. En la mano lleva un sombrero hongo.*)

SALUD.—Harán ustedes er favó de esperá un momentito a e vengan las señoras.

AURELIA.—¿Cómo?

DIMAS.—Pero ¿no se hallan en casa?

SALUD.—En casa, sí; en er piso, no. Han subío ar prinsi- y ar segundo, pero ya se les ha mandao recao y han cho que bajarán de seguía.

DIMAS.—¡Por Dios!

AURELIA.—¿Para qué las han molestado?

DIMAS.—Nosotros hubiéramos vuelto.

SALUD.—¿Por qué? Si eyas tienen mucho gusto en recibir- s. ¡Vaya! Con su permiso, ahí les dejo. (*Vase por la iz- ierda del foro.*)

AURELIA.—Ponte bien el nudo de la corbata, Dimas, que lo vas torcido.

DIMAS.—(*Tirándose de la corbata.*) ¿Está ya bien?

AURELIA.—¡Peor, hijo! ¡Qué poco mañoso eres! Trae acá. e lo arregla ella y mientras se lo arregla mira hacia la iz- ierda.) Mira, ahí sale ese señor al que le dicen Pachín.

DIMAS.—Pues hazte la disimulada y no saludes, porque aún estamos presentados.

AURELIA.—¡Pero hombre, que más da! Siendo nosotros ya sita de la casa y él amigo íntimo de la familia...

DIMAS.—No importa, te digo. Sin previa presentación no de- saludarse a nadie. Es máxima del gran mundo.

AURELIA.—¡Entonces, bueno! (*Volviendo a mirar hacia la iz- ierda.*) ¡Ahí viene!

DIMAS.—Adopta un aire distraído. (*Ella mira hacia el techo él se pone a silbar.*)

AURELIA.—Ya, ya.

(*Por la izquierda sale PACHIN y cruza la escena con dirección al foro.*)

PACHIN.—(*Quebrándose en una reverencia.*) ¡Muy buenas tardes! (*Deteniéndose al ver que no contestan.*) (¡Anda, pues como si estuviésemos en la escalera! ¡Qué tipos!) (*Repitiendo la reverencia.*) ¡Muy buenas tardes! (¡Nada, que ni por cortesía! ¡Que me quedo con las ganas de que me contesten al saludo! Sí, sí. Silba, silba... ¡Pues, señor, es la primera vez que he visto un mirlo blanco!) (*Vase por la derecha de foro.*)

AURELIA.—¡Me arrebolas, Dimas; me arrebolas con esas cosas tuyas!

(*Por la izquierda salen PABLO y ANTONINO.*)

PABLO.—Querido don Dimas... ¿Qué tal, Aurelia?

DIMAS.—¡Hola, don Pablo!

PABLO.—(*Presentando.*) Mi amigo Antonino Zaragoza. Los señores de Gallinero.

DIMAS.—¡Palomar, don Pablo!

PABLO.—¡Perdón! ¡De Palomar!

ANTONINO.—¡Muchísimo gusto! (*En tanto Antonino saluda entran por la derecha del foro ANGELES y ROSA LUISA.*)

ANGELES.—(*Saludando.*) ¡Aurelia!... ¡Don Dimas!... ¡Antonino!

R. LUISA.—¡Caramba! ¡Cuánto bueno por esta casa!

ANGELES.—Perdonen ustedes si les hemos hecho esperar mucho.

AURELIA.—Ustedes son los que han de perdonarnos a nosotros.

ANGELES.—¡Nada de eso! (*Invitándoles a pasar por la primera derecha.*) Pasen, pasen por aquí. (*A Rosa Luisa.*) En tu salita estaremos mejor.

R. LUISA.—Donde quieras.

DIMAS.—Pero por Dios, no se molesten.

ANGELES.—Pasen, pasen ustedes.

(*Entran por la primera derecha Aurelia y Rosa Luisa, después de hacer Aurelia un saludo con la cabeza a Antonino.*)

DIMAS.—(*Dspidiéndose de Antonino.*) ¡Mucho gusto!

ANTONINO.—¡Mucho gusto!

DIMAS.—Con su permiso.

ANGELES.—Pase usted, don Dimas.

DIMAS.—De ninguna manera. Usted, primero.

ANGELES.—Gracias. (*Entra Angeles por la primera derecha seguida de Don Dimas.*)

ANTONINO.—Bueno. ¿qué? ¿Crees que don Pachín te arreglará el asunto en las mil pesetas?

PABLO.—No sé. Creo que sí.

ANTONINO.—Yo también. Don Pachín es hombre de recursos. Y un tipo de gracia además.

PABLO.—A mí por lo menos, me la hace; sobre todo cuando se enfada y empieza a largar, en forma de tacos, apellidos de jugadores de fútbol. ¡Es delicioso! ¿No te has fijado? ¡Pues, fíjate! Es lo que marca, por lo general el colmo de su indignación. ¡Chirri! ¡Gorostiza! ¡Goiburu!... ¡Para mondarse!

ANTONINO.—¡Gorostiza, sí, Gorostiza se lo he oído decir muchas veces!

PABLO.—¡Es famoso, Pachín!

ANTONINO.—Y muy simpático.

PABLO.—De eso vive: de explotar su innegable simpatía y su atrayente desenfado. Sobre mi padre ejerce un gran ascendiente.

ANTONINO.—Chico, pues hemos podido interesarle en favor de lo mío.

PABLO.—No te preocupes. Lo tuyo se recomendará debidamente y malo ha de ser que no se consiga. Yo te respondo que en lo que de mi padre dependa...

ANTONINO.—Es que si tu padre quiere, está hecho. El general don Francisco José de Arimatea Quiñones de Aragón y Pérez del Llano es el amo del Ministerio.

PABLO.—Antes, que ahora han variado mucho las cosas, Antonino. Sin embargo, yo tengo esperanza. ¡Descuida!

ANTONINO.—En esa seguridad, te dejo.

PABLO.—¿A dónde vas?

ANTONINO.—Al casino a ver si encuentro a Salvatierra, que es uña y carne del ministro. ¿Me acompañas?

PABLO.—He de esperar la vuelta de Pachín.

ANTONINO.—En ese caso... ¡Quédate con Dios! (*Va a salir Antonino por la derecha del foro cuando se tropieza con CARMELINA, que entra por el mismo sitio.*)

CARMELINA.—¡Hola!

PABLO.—¡Hola, Carmelina! (*Se retira prudentemente a hojear un periódico en primer término, mientras Carmelina y Antonino hablan al foro.*)

ANTONINO.—¿Ahora vienes?

CARMELINA.—Ya estuve antes, pero doña Angeles me echó,

así, sin eufemismos, me echó a la calle porque tenía que subir con Rosa Luisa a hacer unas visitas y vuelvo para saber si ya le han hablado al general.

ANTONINO.—El general no ha venido todavía.

CARMELINA.—¡Ah! ¿No? Se marchó estando yo aquí.

ANTONINO.—¿Y no le abordaste?

CARMELINA.—He preferido que lo hagan ellas.

ANTONINO.—¡Nunca! Lo que tú no consigas por ti misma... No te vayas sin arrancarle la promesa de mi elección. ¡Hasta luego, Pablo!

PABLO.—¡Hasta luego, Antonino!

(*Vase Antonino por la derecha del foro.*)

CARMELINA.—¡El pobre! Está preocupadísimo con el asunto de la Escuela de Tiro.

PABLO.—Ya le he dicho que no desespere; que la presión que haya de hacerse en el Ministerio, ya la hará mi padre en el momento necesario.

CARMELINA.—Como el general lo tome con interés... (*Insinuante y suplicante.*) Y si usted se lo pide, Pablo...

PABLO.—¿Duda usted de ello, Carmelina?

CARMELINA.—(*Con coquetería.*) Un poco. Le soy franca. ¿No está usted enfadado conmigo?

PABLO.—¿Por qué?

CARMELINA.—Por lo de aquella mañana... Acaso estuve muy cruel con usted. Y sentiría que, por vengarse de lo que más fué sorpresa que desvío, usted no hiciera ahora por Antonino todo lo que puede.

PABLO.—(*Cogiéndole una mano.*) ¡Carmelina!

CARMELINA.—¡Por Dios, Pablo! Su mujer.

PABLO.—¡Ahora, no! ¡Míreme, Carmelina! Y repítame esas palabras para que yo me vuelva loco de alegría. ¡Míreme, Carmelina, míreme!

CARMELINA.—(*Dulcemente.*) ¡Pablo!...

(*Por la primera puerta de la derecha sale ANGELES y no puede reprimir un movimiento de estupor al encontrarse abrazados a Carmelina y Pablo, pero en seguida se rehace y procura dar la impresión de que no ha visto nada. Carmelina y Pablo se separan rápidamente y procuran disimular cada uno por su parte.*)

ANGELES.—¿Eh?

CARMELINA.—(*Ahogando un grito de sorpresa.*) ¡Ah!

PABLO.—(¡Mi suegra!)

ANGELES.—(*Con extremada afectuosidad.*) ¡Carmelinita! ¡Hija! Pero ¿está usted ahí? ¿Cómo no ha entrado? ¡Pase usted! Y tú, Pablito, ¿cómo no le has dicho?...

PABLO.—Acababa de llegar.

CARMELINA.—Sí, acababa de llegar... ¡Y ya me marcho!

ANGELES.—¡Por Dios! ¿Tan pronto? ¿Por qué?

CARMELINA.—Había venido solamente...

ANGELES.—(*Con intención.*) ¡Ya, ya!

CARMELINA.—¿Cómo?

ANGELES.—Lo supongo: ¿a enterarse de si nosotras habíamos hablado ya con el padre de este?

CARMELINA.—¡Eso!

ANGELES.—Pues, no; no hemos hablado, pero ya hablaremos. ¡Descuide usted!

PABLO.—Entonces, Carmelina, dese usted por satisfecha, que ahora doña Angeles es la que está en el momento bueno con mi padre y a ella no sabe negarle nada de lo que le pida.

ANGELES.—Eso espero.

PABLO.—¿Lo ve usted?

CARMELINA.—Pues, muchísimas gracias, señora. Y hasta otro día. Buenas tardes, Pablo.

ANGELES.—Perdone usted que no la acompañe hasta la puerta, pero tengo aquí abandonados a los señores de enfrente...

CARMELINA.—¡No faltaba más!

ANGELES.—Sal tú a despedirla, Pablito.

CARMELINA.—¡Que no se moleste!

PABLO.—Con mucho gusto.

ANGELES.—¡Hasta luego o hasta mañana, Carmelina!

CARMELINA.—¡Adiós, señora!

(*Vase Angeles por la primera derecha.*)

PABLO.—No nos ha visto.

CARMELINA.—¿Cree usted?

PABLO.—Seguro. Si nos hubiera visto ¿nos habría dejado sólos otra vez?

CARMELINA.—¡Qué sé yo! No se fíe usted mucho, por si acaso.

PABLO.—(*Abrazándola por la cintura.*) ¡Carmelina!... (*Desaparecen los dos por la derecha del foro. Por la primera derecha salen, hablando, desde dentro, ANGELES, ROSA LUISA, AURELIA y DON DIMAS en dirección hacia el foro.*)

ANGELES.—¡Vaya! Pero esto es la desbandada. Acaba de marcharse Carmelina y ahora ustedes también nos dejan.

R. Luisa.—Pero ¿ha vuelto Carmelina? y ¿por qué no ha entrado?

Angeles.—Traía prisa.

Aurelia.—No conviene abusar, doña Angeles.

Angeles.—Ustedes no abusan.

Aurelia.—¡Adiós, Rosa Luisa!

R. Luisa.—¡Adiós, Aurelia! Don Dimas...

Dimas.—Servidor de usted.

(*Suena el timbre del teléfono.*)

R. Luisa.—¡Con perdón! (*Va hacia el aparato.*)

Aurelia.—Pero no salga usted, doña Angeles.

Angeles.—Tengo en ello mucho gusto.

Dimas.—¡Por Dios! Tanta amabilidad nos confunde. Mis afectos al general.

Angeles.—De su parte, don Dimas.

(*Y entre el fárrago de cortesías y cumplidos salen animadamente por la derecha del foro Angeles, Aurelia y Don Dimas.*)

R. Luisa.—(*Al aparato.*) ¿Cómo? Sí. La casa del señor Quiñones de Aragón. Sí. ¿Pablo? No sé. (*Por la derecha del foro aparece PABLO y se queda parado oyendo hablar a su mujer.*) ¿Quién le llama? ¿Quién está al aparato? ¿Cómo? ¿Velázquez? ¿Qué Velázquez?

Pablo.—(*Precipitándose a quitarle el auricular a su mujer.*) ¡Suelta! ¡Es a mí!

R. Luisa.—Ya, ya. A ti. Pero ¿quién es Velázquez?

Pablo.—Un amigo, mujer. Déjame.

R. Luisa.—¿Un amigo con la voz atiplada?

Pablo.—Porque es transformista. ¡Cállate! (*Al aparato.*) ¿Cómo? Sí, yo; yo mismo.

R. Luisa.—¡Ay, Pablo, que llevábamos unos días tranquilos y ya vuelves otra vez a las andadas! Y eso, no,—¿te enteras?—eso, no.

Pablo.—(*Al aparato.*) ¿Cómo dice?

R. Luisa.—¿Te enteras?

Pablo.—(*A Rosa Luisa.*) Pero, ¿cómo me voy a enterar con tus voces? (*Al aparato.*) ¿Eh? (*A Rosa Luisa que sigue murmurando por bajo.*) ¡Cállate, mujer, que no oigo nada! (*Al aparato.*) ¿El qué? Sí. ¿Que tienen que ser las dos?

R. Luisa.—¿Cómo las dos? ¿Qué es eso de las dos?

Pablo.—(*Al aparato.*) ¡Vaya con Velazquez! La cuestión es hacer el Cristo.

R. Luisa.—¡Oye, tú! ¿Qué Cristo es ese?

PABLO.—(*A Rosa Luisa.*) ¡El Cristo de Velázquez, mujer! ¿No callarás? (*Al aparato.*) No, no. Siga, siga. Bueno.

R. LUISA.—¡Pero, Pablo!...

PABLO.—(*A Rosa Luisa.*) ¡Por favor, Rosa Luisa! ¡Déjame ahora! (*Al aparato.*) ¿Eh? Sí, sí, sí. Conforme. ¡Claro! Si no hay otra solución... Perfectamente. Pues allá voy.

R. LUISA.— ¡No!

PABLO.—(*Al aparato.*) ¡Sí, sí que voy! (*Cuando va a colgar, Rosa Luisa le quita el aparato.*)

R. LUISA.—(*Al aparato, a gritos.*) ¡Oiga! ¡No se retire! ¡Sinvergüenza! ¡Tanguista!

PABLO.—(*Arrebatándole violentamente el auricular a Rosa Luisa y colgándolo.*) Pero, ¿qué haces? ¡Por Dios, Rosa Luisa!

R. LUISA.—(*Presa de sus nervios.*) ¡Me engañas, me engañas! ¡No me quieres, no me quieres! (*Echándose a llorar.*) ¡Ay, qué desgraciada soy!

PABLO.—(*Acariciándola.*) ¡Pero, mujer!... No te pongas así. ¿Qué te has figurado?

R. LUISA.—Me he figurado lo que es. ¡Una de tus amantes!

PABLO.—¡Criatura! ¿Estás en tu juicio? No seas fantástica. Ese Velázquez es un amigo, un pobre amigo mío, que me necesita, que me llama y al que no tengo más remedio que ir a ver.

R. LUISA.—¡Ah! ¿Vas a verle? ¡Pues no, no y no! ¡De aquí no sales! O vamos juntos.

PABLO.—¡Hija, por María Santísima!...

R. LUISA.—Ni por María Santísima, ni por San Juan Bautista. ¡No sales! Te crees que una es tonta y que se las traga como el puño y no, no y no.

PABLO.—Te aseguro que en esto de Velázquez no hay nada que ni de cerca, ni de lejos, pueda autorizarte a sospechar de mí una traición. ¡Te lo juro, Rosa Luisa! Y si no me crees, acepto tu proposición. ¡Ven conmigo y te convencerás! ¡Ven conmigo! No me importa.

R. LUISA.—¡Pues voy!

PABLO.—(*Sin inmutarse.*) Perfectamente. ¡Vamos! (Me la llevo al Museo.)

R. LUISA.—(*Cediendo ante el aplomo de su marido.*) No voy.

PABLO.—¿Cómo?

R. LUISA.—(*Con dulzura.*) Ve tú solo, Pablo. Te creo, me hace falta creerte para no morirme de pena y de tristeza. Y perdóname. Perdóname mis prontos, hijos de este cariño que te tengo y que se subleva y se exalta ante la idea de que al-

quien pueda robarme el tuyo. ¡Anda, ve; vé tú solo, que te creo, te creo, Pablo!

PABLO.—(*Haciéndola una caricia.*) ¡Chiquilla loca! ¡Mira que dudar de mí!... (*Vase Pablo por la primera derecha. Rosa Luisa se queda un rato pensativa. Por la derecha del foro vuelve ANGELES seguida de SALUD y BERMUDEZ, que se detienen a la puerta.*)

ANGELES.—¿Y Pablo?

R. LUISA.—En su cuarto. Va a salir.

ANGELES.—¿Que va a salir?

R. LUISA.—Sí. Ha estado hablando con Velázquez...

ANGELES.—¿Con Velázquez? Oye, pero ¿es espiritista tu marido?

R. LUISA.—No, mamá. Se trata de un amigo que le necesita y va a buscarle.

ANGELES.—¡Ah, ya! (¡Este pájaro!) (*A Salud y a Bermúdez.*) ¿Qué hacéis vosotros ahí? Pasad, pasad. (*Rosa Luisa se va, sin decir palabra, por la primera derecha.*)

SALUD.—Pepito, que dise...

ANGELES.—¿Quién es Pepito? (*Se sienta.*)

SALUD.—Este.

ANGELES.—¿Bermúdez?

SALUD.—Le yamo Pepito porque como es mi novio...

ANGELES.—¡Ah, bueno! Y ¿que dice Pepito?

SALUD.—Que ya sabe la dortrina.

ANGELES.—¿Tan pronto? Me extraña, pero vamos a ver, vamos a ver. Sentaos.

BERMUDEZ.—Delante de la señora...

ANGELES.—Delante de mí. ¿Qué pasa? Yo os doy permiso. Sentaos.

BERMUDEZ.—Con licencia. (*Se sientan Salud y Bermúdez.*)

ANGELES.—¡Vamos a ver! (*A Bermúdez.*) Dame el libro. (*Bermúdez le da el catecismo que conserva en la mano y ella lo abre para preguntarle.*) Decid: ¿cómo os llamáis?

BERMUDEZ.—¿Yo? Pos ya lo sabe la señora: Bermúdez.

ANGELES.—No es eso. Tu nombre.

BERMUDEZ.—¿Mi nombre? José.

ANGELES.—Eso es: José. O Pepito, que le gusta más a esta. Otra pregunta. ¿Qué cosa es infierno?

BERMUDEZ.—Esta casa hasta que llegó la señora.

SALUD.—¡Bermúdez!

ANGELES.—(*Riéndose.*) ¡Déjalo! ¡Es gracioso! (*A Salud.*) Tú. ¿Qué cosa es el infierno?

SALUD.—El conjunto de todos los males, sin mezcla de bien guno.

ANGELES.—Eso sí. ¿Y voto? ¿Qué cosa es voto? ¡Tú, Ber- údez!

BERMUDEZ.—¿Voto?

ANGELES.—Sí.

BERMUDEZ.—Voto es... la papeleta que se echa en las ur- as cuando hay elecciones.

ANGELES.—(*Arrojando el libro y levantándose.*) ¡Mamarracho! *Coincide esto con la salida de PABLO por la primera derecha dirección al foro. Al verle se ponen respetuosamente de pie alud y Bermúdez.*)

BERMUDEZ.—¡Mi capitán!

PABLO.—¡Hasta ahora! En seguida vuelvo.

ANGELES.—¡Hasta ahora, Pablito! (*Vase Pablo por el foro de- cha. Angeles va hacia la puerta del foro de puntillas, obser- a un momento y luego vuelve a escena, coge a Bermúdez de na manga y se lo lleva a primer término con aire misterioso.*) Ven acá, Bermúdez!

BERMUDEZ.—(*Asustado.*) ¡Señora, perdóneme usted!

SALUD.—(*Suplicante.*) ¡Señora, por Dios!

ANGELES.—(*A Salud.*) ¡Cállate, tú! (*A Bermúdez en voz baja.*) tiende. Si quieres que yo te perdone has de hacerme un favor.

BERMUDEZ.—Lo que la señora me mande.

ANGELES.—Bien. Vas a seguir al señorito a donde vaya, pro- urando que él no se dé cuenta de tu persecución.

BERMUDEZ.—Sí, señora.

ANGELES.—Y en cuanto veas donde se mete, vienes aquí y ue lo dices sin aguardar a más. ¿Estamos?

BERMUDEZ.—Sí, señora.

ANGELES.—¡Pues corre! Y de esto ni una palabra a nadie.

BERMUDEZ.—No, señora. (*Sale de estampia por la derecha del oro.*)

SALUD.—Oye, tú, ¿a dónde vas?

ANGELES.—¡Déjalo! Le he mandado yo.

SALUD.—No sabía, señora... (*Por la izquierda del foro apa- ece CANDELARIA, con una bandeja con dos servicios de té ompletos y la deja sobre una mesita.*)

ANGELES.—Pero ¿esto qué es, Candelaria?

CANDELARIA.—El té pa el señor. ¿No va a tomarlo aquí?

ANGELES.—Sí; pero no ha venido el señor, y además quería o habérselo preparado y no sé quién le manda a usted me- erse...

CANDELARIA.—Dispénseme la señora, pero como al señor el té se lo ha preparao siempre una servidora...

ANGELES.—Menos hoy, que tenía yo ese gusto. ¡Bien está! Deje usted eso ahí y márchese.

CANDELARIA.—¡Vaya por Dios! ¿De manera que también el té?

ANGELES.—¡Váyase, Candelaria! Salga usted de aquí y no me ponga en el disparadero, que usted no me conoce a mí todavía.

CANDELARIA.—¡Por Dios, no se altere la señora, que a sus años le puede dar un paralis y sería una pena!

ANGELES.—¡Insolente!

SALUD.—¡Señora!

ANGELES.—¡Ahora mismo, pero ahora mismo, está usted cogiendo su ropa y marchándose de esta casa para siempre!

CANDELARIA.—¡Jesús! Y eso, ¿quién lo manda?

ANGELES.—¡Lo mando yo!

CANDELARIA.—Y usté, ¿quién es?

ANGELES.—¿Cómo que quién soy yo so descarada?

SALUD.—¡Candelaria!... (*Por la derecha del foro entra oportunamente DON FRANCISCO JOSE DE ARIMATEA.*)

DON FRANCISCO.—¿Qué pasa? Pero ¿qué gritos son estos?

ANGELES.—¡Me alegro de que llegues!

DON FRANCISCO.—¿Qué ocurre?

ANGELES.—Esta mujer, que me está faltando al respeto.

DON FRANCISCO.—¿Eh?

CANDELARIA.—Diga el señor que antes...

DON FRANCISCO.—¡Silencio!

ANGELES.—Me ha insultado, y porque la he despedido, me ha contestado que yo aquí no soy nadie.

DON FRANCISCO.—¿Es posible, Candelaria? Lamento tu equivocación, y ahora te vas a convencer del error en que has vivido. (*A Angeles.*) Tú la has echado a la calle. ¿No es eso?

ANGELES.—Sí.

DON FRANCISCO.—(*A Candelaria.*) Pues ya sabes el camino de la puerta.

CANDELARIA.—¡Pero señor!...

DON FRANCISCO.—¡Sin más explicaciones! Y siento que, a tiempo, no te hayas dado exacta cuenta de las consideraciones que a esta señora se le deben.

CANDELARIA.—Yo, señor...

ANGELES.—¡Perdónala!

DON FRANCISCO.—No.

CANDELARIA.—(*Volviéndose airada contra Angeles.*) ¡No, ni yo el perdón lo quiero de sus manos!

DON FRANCISCO.—¡Candelaria!

CANDELARIA.—(*Llorqueando.*) Me iré, sí, señor, me iré. Pero he necesitado verlo para creerlo. Este es el comportamiento con una, después de que una se ha matao y se ha sacrificao por la casa. Por supuesto, que Dios nos libre de a la vejez, viruelas.

DON FRANCISCO.—¿Eh?

CANDELARIA.—Quédese usté con Dios y que El haga que no tenga usté que arrepentirse...

SALUD.—(*Echándola el brazo por encima y tratando de llevársela.*) ¡Vamos, Candelaria!...

CANDELARIA.—(*Revolviéndose.*) ¡No se acerque usté a mi, ni me toque, mosquita muerta! Pero ¿se piensa usté que yo no he visto el juego?... (*Desaparecen Candelaria y Salud por la izquierda del foro.*)

ANGELES.—¡Perdónala, hombre!

DON FRANCISCO.—No. Te ha ofendido a ti y me ha ofendido a mí también, déjala, déjala que se marche! Cuando los criados llevan mucho tiempo a nuestro servicio se ponen imposibles. ¡Déjala, déjala!

ANGELES.—Como quieras tú. (*Pausa.*) ¿Tomas el té?

DON FRANCISCO.—Conforme. Echámelo. Ahora vengo. (*Vase por la izquierda.*)

ANGELES.—¡Lo primero, mi hija! (*Sirve el té. Hay una pausa. Por la izquierda vuelve DON FRANCISCO JOSE DE ARIMATEA con un batín de seda.*)

DON FRANCISCO.—¿Hubo algo durante mi ausencia?

ANGELES.—Han venido los vecinos de enfrente. Muchos recuerdos me dieron para ti.

DON FRANCISCO.—Gracias.

ANGELES.—(*Sirviéndole el azúcar.*) ¿Muy dulce lo prefieres?

DON FRANCISCO.—Regular. Dos terrones. Así está bien. Y Pachín, ¿no vino?

ANGELES.—No sé decirte. Puedo preguntar.

DON FRANCISCO.—¿Para qué? No me interesa. (*Toman los dos el té.*)

ANGELES.—También han estado Antonino y Carmelina... Digo, a Carmelina ya la viste antes de marcharte.

DON FRANCISCO.—Sí.

ANGELES.—Te buscaban para pedirte un favor.

DON FRANCISCO.—Sí, ya sé; lo de la Escuela de Tiro. En el Ministerio me han dejado una nota. ¡Qué gente! Es insaciable.

¡Por Dios! Siempre mendigando. Y no puede ser. Hay cosa que no pueden ser. Y yo lo siento, pero no pueden ser.

ANGELES.—Carmelina no quería pedirte eso.

DON FRANCISCO.—¡Ah! ¿No? ¿Qué, entonces?

ANGELES.—Algo, no sé si más difícil o más sencillo, pero otra cosa.

DON FRANCISCO.—¿Qué?

ANGELES.—Un traslado.

DON FRANCISCO.—¿Otro? Pero ¿no acabo de traer a su marido aquí desde Soria, haciendo un verdadero esfuerzo y saltando por encima de ordenanzas y escalafones? ¿A dónde quiere que lo mande ahora? ¡Vamos, te digo que esa gente!...

ANGELES.—No te sofoques, hombre, y óyeme con calma. Verás. Ella es la primera en reconocer lo mucho que te debe y la primera también en lamentar su equivocación. Creía que esto era Jauja, y cuando se ha convencido de lo contrario, de que aquí con el sueldo que gana su marido no se puede vivir, me ha pedido a mí, casi llorando, que yo a mi vez influya contigo para que los trasladen a Larache.

DON FRANCISCO.—¿A Larache?

ANGELES.—Eso creo que me ha dicho; a Larache, o a Tetuán o a Alcazarquivir...

DON FRANCISCO.—¡A Marruecos, vamos!

ANGELES.—Eso es; a Marruecos. Creo que allí se cobra una mitad más del sueldo y los pobres... Ya te digo, con lágrimas en los ojos me lo ha pedido Carmelina, y yo, contando con tu benevolencia, me he permitido decirle que la complacerás.

DON FRANCISCO.—¡Caray! Pues si te has comprometido hasta ese punto, no tendré más remedio que hacerlo, porque ¿cómo te dejo mal? ¡De ningún modo!

ANGELES.—Gracias, Paco.

DON FRANCISCO.—Ejerces sobre mí tal influencia...

ANGELES.—Ninguna. La que tu cortesía me brinda y nada más.

DON FRANCISCO.—Bien. ¿Y entonces, lo de la Escuela de Tiro, que por todas partes me han llegado recomendaciones?

ANGELES.—Anhelos de Antonino, de los que creo no debes hacer caso. Ella con lo que sueña es con Larache.

DON FRANCISCO.—Pues a Larache irá. ¡Que no se preocupe!

ANGELES.—Te repito las gracias. ¿Otra tacita?

DON FRANCISCO.—No. (*Pausa, durante la cual don Francisco se queda pensativo.*)

ANGELES.—¿En qué piensas?

DON FRANCISCO.—En ti. Me preocupa este poder dominador que sobre mí has adquirido en tan poco tiempo. Y a solas me pregunto: ¿Por qué? Y no acierto a explicármelo claramente.

ANGELES.—¡Qué bobo!

DON FRANCISCO.—Al principio, te lo confieso, Angeles, sentí una gran repulsión a convivir contigo. ¡Te aborrecía, sin conocerte! Y ahora, en cambio, ya ves; te he tomado tanto afecto en los días que llevamos juntos que, a veces, llego hasta decirme: ¿Me habré yo enamorado de esta mujer?

ANGELES.—¡Por Dios, Paco! ¿Quién piensa en el amor? ¡Déjate de romanticismos trasnochados! A nuestra edad, el amor no tiene otra eficacia que la de un grato y lejano recuerdo. Indudablemente las lagoterías de Carmelina te han remontado un poco el pensamiento de la realidad, llevándote a las nubes, y te crees aún aquel tenientito de húsares tan apuesto y gallardo que paseaba por las calles de Sevilla su maieza y su rumbo. ¡Y no, Paco, no! Tienes muchas patas de gallo para que nadie pueda confundirte con aquél. ¡Mírate a un espejo hombre, mírate a un espejo!

DON FRANCISCO.—Y, entonces, ¿qué es esto que siento por ti?

ANGELES.—Pues amistad, simpatía, incluso cariño... ¡todo, menos amor! Acaso te recuerde a alguien... Eso, sí puede ser. Tal vez una reja en la calle de Jesús, a la madrugada, y unos ojos que brillan tras la reja, esperando que el sonido de unas espuelas turbe el medroso silencio de la noche...

DON FRANCISCO.—(*Con vehemente exaltación y levantándose.*) ¡Sí! ¡Eso es! ¿Cómo no me lo dijo el corazón? ¡Tú! ¡Eres tú! ¡Laura! ¡Mi Laura!

ANGELES.—(*Riéndose y sin moverse de su asiento.*) ¡No, hombre, por Dios! ¿Qué dices? ¿Estás loco? ¿Yo tu Laura? De aquella Laura que tú conociste, yo no conservo, si acaso, más que un remoto aire de familia.

DON FRANCISCO.—¿Cómo de familia?

ANGELES.—Porque es mi prima. Por ella supe, en su tiempo, tus gustos y aficiones y a ella le debo los aciertos, pocos o muchos, que he tenido contigo.

DON FRANCISCO.—Pero ¿vive Laura?

ANGELES.—Debió morirse de tristezas después del injustificado rompimiento de vuestras relaciones, apenas te trasladaron a Madrid; pero se conoce que lo pensó mejor y hoy la tienes tan oronda y beatífica, de superiora de un convento de Clarisas en Palma del Río.

DON FRANCISCO.—¿Es monja?

ANGELES.—Por su suerte, que así se quitó de conocer a más hombres engañosos.

DON FRANCISCO.—¡Pobre Laura!

ANGELES.—No la compadezcas, porque es muy feliz.

DON FRANCISCO.—Eso me alegra.

ANGELES.—La casa suya de la calle de Jesús es la misma que yo vivo ahora. Por cesión de su padre al mío, a cambio de un cortijo en Fontanares, ha pasado a ser de nuestra propiedad.

DON FRANCISCO.—¡Cómo me gustaría verla de nuevo!

ANGELES.—¿A Laura o a la casa?

DON FRANCISCO.—A la casa, a la casa. ¡Qué recuerdos tiene para mí aquel patio!

ANGELES.—Pues hijo, malditos sean los inconvenientes. Me acompañas cuando yo me vuelva a Sevilla y allí te estás todo el tiempo que gustes.

DON FRANCISCO.—¿Me dejarías tú?

ANGELES.—¡Encantada, hombre!

DON FRANCISCO.—¡Aquel patio, en la dulce penumbra de la siesta! ¡Los canarios de las galerías, la enredadera, que casi cubría las columnas, y el chorrito de la fuente incansable, cayendo, cayendo y salpicando de gotas saltarinas las losetas!... ¡Qué tiempos!

ANGELES.—Todo está igual. De modo que si te decides.

DON FRANCISCO.—¡Ya veremos! ¿Y tu hija?

ANGELES.—En su cuarto. Supongo que rezando sus devociones, cosa que también voy a hacer yo para que luego no se me amontonen todas a la noche.

DON FRANCISCO.—¿Te vas?

ANGELES.—Si tú no me necesitas...

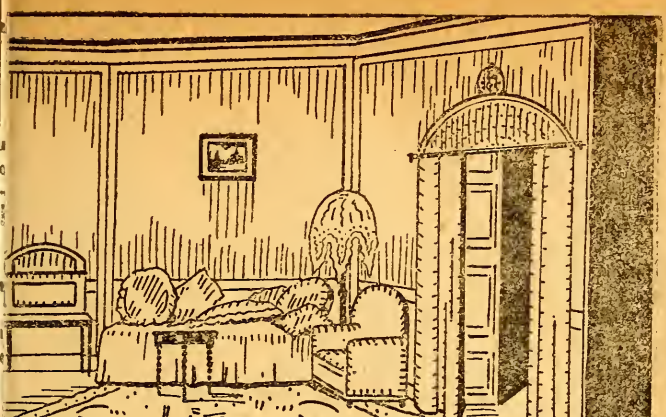
DON FRANCISCO.—¡Te necesito siempre, Angeles!

ANGELES.—¡Romanticismos, no! ¡Hasta luego, Paco! *(Le da la mano, que él la besa rendidamente, mientras ella le mira con una dulce sonrisa. En este momento va a entrar por la derecha del foro PACHIN y retrocede al ver el cuadro, no sin proferir una interjección que pasa inadvertida para Angeles y don Francisco.)*

PACHIN.—¡Quincoces! *(Se oculta tras de la cortina.)*

DON FRANCISCO.—¡Hasta luego, Angeles! *(Ella se marcha por la segunda derecha y él por la izquierda, no sin volverse ambos para dirigirse una última y silenciosa mirada. Cuando han desaparecido los dos, entra en escena PACHIN, llevándose las manos a la cabeza, y cae el*

TELON



ACTO TERCERO

misma decoración de los actos anteriores. Se supone que han transcurrido tres semanas. Es de día, en las últimas horas de la tarde.

(Al levantarse el telón aparecen en escena ANGELES con AURELIA y DON DIMAS, que han venido de visita.)

DIMAS.—Bueno, y ¿cuándo es la marcha, doña Angeles?

ANGELES.—Esta noche, don Dimas.

DIMAS.—¡Caray! ¡He pasado un mes largo en Madrid! Y hace muchos días que debía haber regresado a Sevilla, donde me espera mi administrador para resolver una porción de asuntos de importancia; pero, la verdad es que, sin dejar esta casa un poco en orden, no me he atrevido a marcharme.

AURELIA.—Y ha hecho usted muy bien.

ANGELES.—Ahora ya, gracias a Dios, aunque todavía quedan por arreglar unos cuantos detalles que no están por completo a mi gusto, me voy con la satisfacción de que, al menos en

lo fundamental, las cosas han variado bastante de como yo me las encontré a mi llegada.

AURELIA.—¡Y tanto!

DIMAS.—¡Menudo cambio!

ANGELES.—Por lo pronto, dejo a mi hija libre de su aislamiento. Después he tenido la suerte...

AURELIA.—De prescindir de Calendaria.

ANGELES.—También. Pero no era eso, precisamente, a lo que yo quería referirme, sino a la suerte de haber casado a mi doncella, Salud, con el asistente de Pablo, y de que los dos continúen al servicio de la familia, que para mí es lo más interesante.

AURELIA.—¡Quién lo duda!

DIMAS.—¿De modo que se casaron ya los chicos?

ANGELES.—Esta mañana, en la parroquia de la Concepción. Paco ha sido el padrino y yo la madrina.

AURELIA.—(*A don Dimas.*) A poco de marcharte tú al Banco salieron para la iglesia. Yo los vi. Iban muy bien.

ANGELES.—Ella no iba mal, en efecto, porque da la casualidad de que mis vestidos le están a su medida. A él, en cambio, el traje del general le resultaba un poco ancho. Pero imagínense ustedes: para usarla una sola vez, no era cosa de que se hicieran ropa las criaturas...

DIMAS.—Y ¿están ahí?

ANGELES.—No, señor. Acabados de comer, fueron a retratarse. No creo que tarden. Estoy yo solita en la casa, porque hasta Rosa Luisa ha salido a visitar a los de Zaragoza... (*Pausa.*)

AURELIA.—Y al general, ¿se lo lleva usted a Sevilla, doña Angeles?

ANGELES.—No lo sé, Aurelia. A estas horas aún está la pelota en el tejado. Mi gusto sería ese, pero si él no se decide...

AURELIA.—Es que yo creo que de la mitad de las peloteras entre su hija de usted y Pablo tiene la culpa el suegro...

ANGELES.—¡Claro que sí!

AURELIA.—Por eso, si usted consiguiera quitarlo de la casa una temporadita, sería un bien para todos.

ANGELES.—Y ese era mi propósito, pero, hija, si él no quiere, no lo voy a meter en mi maleta a la fuerza, como usted comprenderá.

AURELIA.—¡Desde luego!

ANGELES.—A Rosa Luisa ya le he aconsejado, como un plan a seguir, que evite en lo posible las escenas de celos con su

marido; que le deje libertad de movimientos, que mientras más libertad tenga él, menos hará uso de ella. Porque está visto; a los hombres no se les puede sujetar, hay que darles suelta...

DIMAS.—¡Vaya! Me alegro de que lo diga doña Angeles, que es una mujer de experiencia y de mundo. (*A Aurelia.*) ¡Entérate! A los hombres hay que darles suelta...

AURELIA.—¡Bueno, pero es que si yo te suelto a ti, te cogen los laceros!

DIMAS.—¡Aurelia!

AURELIA.—¡Y eso, no! ¡Multas por descuido, ni en broma!

ANGELES.—(*Riéndose.*) ¡Qué graciosa! Esta Aurelia, así, a lo paradita parada, tiene cada golpe...

DIMAS.—(*Amoscado.*) ¡Si es muy chistosa mi mujer! ¡Pero siempre a mi costa!

ANGELES.—¡Vamos, don Dimas! No se enfade.

AURELIA.—Oiga usted, doña Angeles, volviendo a lo que hablábamos... ¿Y a mí que Pablo, lo digo francamente, me parece un buen chico?

ANGELES.—¡Y lo es! Lo malo no está en Pablo, sino en quienes lo sonsacan y lo incitan a lo que no debe.

DIMAS.—Su padre, ¿no?

ANGELES.—Su padre por un lado y luego ese don Pachín de mis culpas...

AURELIA.—¿Don Pachín?

ANGELES.—¡Ay, Dios! ¡Con lo que a mí me hubiera gustado hallar un pretexto, por pequeño que hubiera sido, para plantarlo en la calle como a Candelaria!... Pero, no; el hombre se conduce y se comporta en mi presencia dentro de la corrección más exquisita y no hay forma de meterle el diente al muy zorro. ¡Ya está buen pájaro pinto el tal don Pachín, ya está buen pájaro! Le tengo unas ganas... ¡Pero con las ganas me marcho!

AURELIA.—Así que don Pachín...

ANGELES.—Es el ángel malo de esta casa, Aurelia; un vividor, que explota la vanidad del padre y la inconsciencia del hijo para medrar y triunfar a su capricho.

DIMAS.—(*A Aurelia.*) Por algo te decía yo que no debíamos saludarle.

AURELIA.—¡Hombre!... ¡Qué tiene que ver!

(*Por la derecha del foro aparece PABLO, seguido de PACHIN.*)

PABLO.—¿Se puede pasar?

ANGELES.—¡Entra, Pablito! (*Viendo a Pachín y recibiéndole*

con grandes demostraciones de cariño.) Amigo don Pachín... ¡Tanto bueno!...

PACHIN.—(*Saludando a Angeles efusivamente.*) ¡Mi señor doña Angeles!

PABLO.—(*Saludando a Aurelia y a Don Dimas.*) ¿Qué tal Aurelia? ¡Felices, don Dimas!

DIMAS.—¡Hola, amigo!

PACHIN.—(*Inclinándose ante Aurelia y Don Dimas en una profunda reverencia.*) ¡Muy buenas tardes!... (*Aurelia mira a Don Dimas, éste le hace señas con los ojos de que no contesten y los dos permanecen sin pestañear ante el saludo de Pachín.*) (¡Caray! ¿Tampoco ahora?) (*Dirigiéndose a doña Angeles.*) Señora, ¿quiere usted hacer el favor de presentarme?

ANGELES.—Con mucho gusto. Pero, ¿no se conocen ustedes? ¡Claro que no se conocen! ¡Qué cabeza la mía! Los señores de Palomar. Don Francisco Mínguez. ¡El verdadero amo de esta casa!

PACHIN.—(*Con seriedad cómica.*) ¡Encargado del ascensor nada más! (*Saludando.*) Señora... Señor...

DIMAS.—Perdone usted que no le saludáramos, pero como no estábamos presentados...

PACHIN.—¡Sí, señor, sí! Tenía yo ya una preocupación con eso. Dispénseme usted. (*Volviendo a darles la mano ante el asombro general.*) Señor... Señora... ¡Ay! ¡Gracias a Dios! ¡Se me escapaban ya los sesos!

(*Se ríen todos.*)

ANGELES.—¡Que don Pachín este!

PABLO.—Siempre lo mismo. ¡De augusto de soirée!

PACHIN.—(*A Pablo.*) Y todavía no se van sin que les vuelva a dar la mano; te lo advierto. ¡Eso es histórico!

AURELIA.—(*Levantándose.*) Bueno, doña Angeles...

ANGELES.—¿Cómo? Pero ¿ya se marchan?

AURELIA.—Es tarde para nosotros.

ANGELES.—En ese caso, no quiero entretenerles. (*Se levanta.*)

AURELIA.—Ya sabe usted donde nos deja...

ANGELES.—Lo mismo digo. En Sevilla, si alguna vez caen por allí, Jesús, nueve...

DIMAS.—Siempre a su disposición, señora.

ANGELES.—¡Adiós, don Dimas! Y gracias por todas sus atenciones...

AURELIA.—¡Que lleve usted un feliz viaje!

DIMAS.—(*A Pablo.*) ¡Adiós, amigo! Póngame a los pies de Rosa Luisa.

PABLO.—Don Dimas... ¡A sus órdenes! ¡Adiós, Aurelia!

DIMAS.—(*A Pachín.*) Señor... Dimas Palomar...

PACHIN.—Francisco Mínguez... (*Despidiéndose de Aurelia.*) eñora... Francisco Mínguez... ¡Servidor de usted!

AURELIA.—Beso a usted la mano.

PACHIN.—(*Insinuándose tenoriescamente.*) Los besos de las nujeres guapas como usted los acepto yo en la boca. ¡Y acuse ecibo!

AURELIA.—(*Sorprendida.*) ¿Eh?

PACHIN.—(*Volviéndose hacia Don Dimas para disimular y espidiéndose de nuevo de los dos.*) ¿Me he despedido de used? Señor mío... Señora mía... ¡A su devoción!

AURELIA.—(*Con desdén.*) (¡Qué tipo!)

ANGELES.—Pasen ustedes.

DIMAS.—¡Señora, por Dios!

PACHIN.—(*Inclinándose.*) ¡Muy buenas! (*Desaparecen por la derecha del foro Angeles, Aurelia y Don Dimas. Cuando se han marchado, Pachín da un suspiro de satisfacción.*) ¡Ay! ¡Qué eso me he quitado de encima!

PABLO.—¡Eres un fantoche, Pachín!

PACHIN.—¡Calla, hombre, que estaba ya mosquísima con la azudez de esta gente en negarme el saludo! ¡Gracias a Dios ue se acabó la pesadilla! Oye, y ¿te has fijado en la señora? o es ninguna tontería, Pablito. ¡Está mollar; lo que se dice ollar! ¿Eh? ¿Qué te parece si se la jugásemos de puño al ien ladrón?

PABLO.—¿A qué ladrón?

PACHIN.—¡Hijo, a don Dimas!

PABLO.—¡Vamos, déjame, Pachín! ¿No acabo de salir de una mplicación y ya quieres meterme en otra? ¡Déjame, déjame!

PACHIN.—¡Ah! Pues te participo que como yo pueda... Coo se me dé bien en el Insituto de Belleza el nuevo masay me desaparezcan las arrugas... ¡Qué sé yo! Porque es te me ha gustado la señora. ¡Vaya si me ha gustado! Tiene í una manera de mirar, que, de pronto, se le va un ojo... ya tú sabes lo que me pasa en cuanto a una mujer se le un ojo: que se me van a mí los dos detrás de ella y... a caraba con pintas! Bueno, piénsalo tú antes de que yo e cuele, no tengamos luego historias. Te cedo el puesto. ¿Eh? ómo? ¿Qué dices?

PABLO.—¡Que me dejes!

PACHIN.—Ven acá, hombre... ¿Qué te pasa? Te encuentro eocupado, de mal humor... ¿Qué tienes?

PABLO.—¡Ay, Pachín! ¿Y tú me lo preguntas? ¡Tengo enc
ma el Monasterio del Escorial! ¡Esa mujer!...

PACHIN.—¿Cuál?

PABLO.—Carmelina.

PACHIN.—¡Palotes, como diría tu padre! ¿Qué te pasa c
Carmelina?

PABLO.—Me pasa, me pasa que uno se mete en un valla
sin deberse meter, que le gusta el sitio y avanza y que cua
do quiere, por temor a que el guarda lo coja, buscar la sal
da, no la encuentra. ¡Eso me pasa!

PACHIN.—Eso te pasa porque eres un pipi.

PABLO.—Porque soy una persona decente.

PACHIN.—¿Desde cuando?

PABLO.—Desde que no me trato contigo.

PACHIN.—¿A que no?

PABLO.—¡Bueno!

PACHIN.—Pero, entre Carmelina y tú, ¿qué ha habido ha
ta ahora?

PABLO.—Nada. ¡Te lo juro! Un simple "flirt".

PACHIN.—¿Y entonces?...

PABLO.—Pero un "flirt" que ya no puede prolongarse p
más tiempo, so pena de caer en el ridículo. Ella se ha ic
encalabrinando y la cosa está a punto. Sólo nos falta hall
la ocasión. Y la ocasión, en ciertas circunstancias, si tarda
presentarse, se busca. ¡Tú lo sabes! Y ese es mi miedo. (*Pa
chín se sonríe.*) ¡Mi miedo, Pachín; no te rías! Miedo porqu
me asusta el porvenir. Antonino es mi compañero leal y n
debo traicionarle. ¿Qué diría él? Y si no le traiciono, ¿qu
dirá ella? ¿Comprendes el problema? La solución es una
quedar mal, como hombre o como amigo, pero siempre
misma, quedar mal. ¡Quedar mal!

PACHIN.—(*Después de mirar hacia el foro.*) ¡Calla! T
suegra.

(*Por la derecha del foro vuelve ANGELES.*)

ANGELES.—Bueno, don Pachín...

PACHIN.—Mi señora doña Angeles...

ANGELES.—Estará usted tan contento...

PACHIN.—¿Por qué?

ANGELES.—Porque, al fin, me voy.

PACHIN.—¡Por Dios, señora! ¡Qué cosas se le ocurren!

ANGELES.—Porque le dejo a usted su cuarto libre.

PACHIN.—Honradísimo yo con que usted lo ocupe de po
vida.

ANGELES.—Eso lo dice usted con la boca chica.

PACHIN.—Con la que tengo, señora. Chica o grande, esta es la que poseo.

ANGELES.—Ahora, que pienso volver.

PACHIN.—Será un placer para mí verla de nuevo.

ANGELES.—¡Y pronto!

PACHIN.—Mientras más pronto, mejor.

ANGELES.—¿De veras?

PACHIN.—Aunque no sea más que por gustar otra vez sus eliciosas natillas...

ANGELES.—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Muy bonito! ¡Acaba usted de etratarse! Como buen glotón, lo que usted recordará de mi on las natillas. ¡Muy fino, sí, señor! ¡Muy gentil!

PACHIN.—Perdone usted, señora. Lo que yo recordaré siem- re—¡óigalo usted bien!—, siempre, serán las bellas manos ue hicieron las natillas.

ANGELES.—(*Complacida.*) ¡Esto, sí! (*Indignada.*) (¡Nada, que o hay forma!) (*Cortés.*) ¡Hasta ahora, don Pachín!

PACHIN.—¡A sus pies, señora!

ANGELES.—(*Con rabia.*) (Me quedo con las ganas!) (*Vase por segunda puerta de la derecha.*)

PACHIN.—(A mí no me echas tú como a Candelaria. ¡Ca! oy yo más vivo!) (*A Pablo.*) ¡Vamos, chico, no te pongas así! ranquilízate, que no es para tanto. O haz lo que yo, cuando la vida se me ha presentado algún problema como el tu- , que... ¡Figúrate las veces que me habré visto en trances mejantes! Hay un procedimiento infalible para acallar la nciencia, un recurso que no falla y que yo he utilizado siem- e con positivos resultados. ¡Te lo recomiendo!

PABLO.—¿Cuál?

PACHIN.—Matar al marido...

PABLO.—¡Pachín!...

PACHIN.—De un obsequio. Te lo llevas a casa de Botín y uos un cochinillo, tráete una pierna de cordero, ponnos u... *orta la relación de Pachín la llegada, por la derecha del foro, ROSA LUISA, con traje de calle y gesto de muy mal humor.*)

R. LUISA.—Buenas tardes.

PABLO.—(*Imponiéndole silencio a Pachín al ver a su mujer.*) s... ¡Rosa Luisa! (*Acercándose a ella.*) ¡Hola, mujer! ¿De nde vienes?

R. LUISA.—De ver a Carmelina. ¡Pero, déjame ahora; déjame, blo, hasta que me serene un poco, porque traigo un disgusto,

y una sofocación, y unos nervios que no sé, no sé!... Est
que muerdo!

PACHIN.—(¡Caracoles! ¡A ver si le ha contado la otra!...)

PABLO.—¡Rosa Luisa!...

R. LUISA.—¡Qué gentuza! ¡Qué gentuza! ¡Pero, qué gentuza

PABLO.—¿Quién

R. LUISA.—Antonino y Carmelina, uno y otra; no tienen na
que echarse en cara. ¡Qué gentuza!

PABLO.—¿Es posible?

R. LUISA.—¡Qué escándalo me han armado entre los do
¡Qué de improperios me han dicho! ¡Qué de insultos! ¡Cón
están! ¡Hay que verlos! ¡Cómo están! Cogen el cielo con l
manos. Por supuesto, con razón; con razón que les sobra. l
su caso yo haría lo propio. ¡Sí, señor! ¡Lo propio! Porqu
vamos, no hay derecho, no hay derecho. ¡A eso no hay d
recho!

PABLO.—Hija, como no te expliques, aquí palmamos este
yo de curiosidad. ¡Acaba de una vez!

R. LUISA.—¡Ah! Pero ¿tú no lo sabes? ¡No lo sabes! ¡Cla
que no lo sabes! Como les he dicho: mi marido, no lo sab
En mi casa no lo sabemos ninguno. Y ahí está la prueba. ¿
lo sabes? No. (*A Pachín.*) ¿Usted lo sabe?

PACHIN.—(*Vibrando.*) ¡No, pero lo quiero saber ya mism
antes de que me dé la congestión! ¿Qué es? ¿Qué es?

R. LUISA.—(*A Pablo.*) ¿Estás viendo? Don Pachín tampoco
sabe. ¡Ni lo sabe nadie!

(*Por la segunda derecha aparece ANGELES.*)

ANGELES.—¿Qué pasa, hija?

R. LUISA.—¡Hola, mamá! ¿A que tú no lo sabes?

ANGELES.—¿Qué?

R. LUISA.—Lo de Antonino.

ANGELES.—¿Eh?

R. LUISA.—¿Lo ves? ¡No lo sabe!

PABLO.—(*Nervioso, cogiendo a su mujer por los brazos violentamente.*) ¡Rosa Luisa, que ya no puedo más!

PACHIN.—¡Ni yo!

ANGELES.—¡Ni yo!

PABLO.—¿Qué es lo de Antonino?

R. LUISA.—¡Jesús, hijo! ¡Qué modales! Ahora voy. Pues, n
da; lo de Antonino es que tu padre, no contento con haber
dejado fuera de la terna para cubrir la vacante de la Escue
de Tiro, esta mañana ha firmado una disposición trasladándo
a la guarnición de Larache. ¡Nada más que eso!

PABLO.—¿A Larache?

PACHIN.—(¡Arrea!)

ANGELES.—¿Qué?

R. LUISA.—¡A Larache, a Larache! Y que no se ha andado on chiquitas. ¡Para hoy mismo es la orden de embarque!

PABLO.—¿Para hoy mismo?

R. LUISA.—Y así están ellos: locos, desesperados, embalando os muebles, preparándolo todo... ¡De cabeza!

PABLO.—Pero ¿se van?

R. LUISA.—Esta noche. ¿No te digo?...

PABLO.—¡Sin despedirse!

R. LUISA.—¡Ese tiempo tienen! Aparte de que no quieren ver nadie y menos a nosotros. ¡Figúrate! En mal hora se me currió a mí aparecer por su casa. Si lo sé, me ahorro la espita, que ha sido épica.

PABLO.—¡Como que es un atropello incalificable! Yo le diré papá...

ANGELES.—¡Pobres!

R. LUISA.—Eso, sí. Dan pena.

PABLO.—(*Después de mirar a Angeles un rato fijamente.*) Pe-, usted, ¿de verdad que no sabía nada?

ANGELES.—(*Con naturalidad.*) La primera noticia, hijo.

PABLO.—(*Poco convencido.*) ¡Ya! (Después de todo no sé si gradecerlo...) (*Vase por la izquierda.*)

PACHIN.—(¡Indudablemente existe una Providencia!)

R. LUISA.—También mi suegro ha podido decirlo. Ningún tra-jo le costaba...

ANGELES.—Se le habrá olvidado, mujer.

PACHIN.—Lo que deben ustedes hacer cuando venga, don Fransco José de Arimatea Quiñones de Aragón y Pérez del Llano...

ANGELES.—Pero, ¿es que va a venir aquí tanta gente?

PACHIN.—¡Señora! Me refiero al general.

R. LUISA.—Sí, mamá...

ANGELES.—Dispensa, hija. Cuando yo le conocí en Sevilla, de niente, no se llamaba más que Paco Quiñones Pérez. Por lo sto, al subir de graduación le han ido aumentando los apelli-os. ¡Ay, qué mundo este!... (*Se vuelve hacia el foro.*)

PACHIN.—(*Aprovechando la vuelta.*) (¡Bueno, me dan unas nas de cogerla así, por el pescuezo!...)

ANGELES.—(*Volviéndose de cara.*) ¿Eh?

PACHIN.—(*Con su mejor sonrisa.*) ¡Je! ¡Je!

(*Dentro, hacia la izquierda, se oye la voz de PABLO.*)

PABLO.—(*Dentro.*) ¡Pachín!

PACHIN.—(*Rápidamente.*) Vo... (*Arrepentido y acordándose de lo que le ocurrió en el acto anterior pregunta a Angeles:*) ¿Es a perro?

ANGELES.—¡Es a usted!

PACHIN.—¡Ah, ya! ¡Voy! Con permiso.

PABLO.—(*Dentro.*) ¡Pachín!

PACHIN.—¡Voy! (*Vase por la izquierda.*)

R. LUISA.—¡Pobre Carmelina! No se me borra de la imaginación.

ANGELES.—¡Pues que se te borre, hija! ¿Qué tienes tú que ver con Carmelina? Una amistad de ayer de mañana, como quien dice... Cuando el general lo ha dispuesto así, sus razones tendrá.

R. LUISA.—¡Razones! Ningunas. ¡No lo conoces!

ANGELES.—¡Mejor que tú!

(*Por la derecha del foro entran en escena, ella cogida del brazo de él, SALUD y BERMUDEZ. Ella viste de negro, con su ramo de azahar al pecho y su velo blanco, y él un traje también negro y bastante amplio; se toca con un hongo que le descansa en las orejas y lleva en la mano libre y enguantada un magnífico puro encendido.*)

SALUD.—¡Ea, ya estamos aquí! ¿Nos hemos tardao, señora?

ANGELES.—No, hija.

BERMUDEZ.—(*A Salud.*) Suéltame, mujer, pa que me quite el sombrero.

SALUD.—¿No te queda libre la otra mano?

BERMUDEZ.—No, que llevo el puro...

SALUD.—(*Soltándose de su brazo.*) ¡Condenao puro!

BERMUDEZ.—(*Tirándose del sombrero con ambas manos.*) Aparte de que pa sacarme el honguito necesito las dos, como verás.

SALUD.—Argo se te cuela.

R. LUISA.—¿Cómo algo, mujer? Se le cuela que le tapa los ojos.

ANGELES.—¿Os hicisteis la fotografía?

SALUD.—¡Digo! ¡Sácalas, tú!

BERMUDEZ.—¡Suéltame antes!

SALUD.—¿Otra vez, hijo?

ANGELES.—Pero ¿ya las traéis?

SALUD.—Sí, señora. Como nos las habemos hecho en er "Fotomantón", las entregan en el arto.

ANGELES.—A ver, a ver... (*Bermúdez saca media docena de retratos, entrega uno a Angeles y otro a Rosa Luisa y se guar-*

a los demás. En seguida Salud vuelve a cogerse de su brazo.)

Ay, qué mal! Está velada...

R. Luisa.—¡Ya lo creo!

Salud.—Velá, no. En to caso, ahumá.

Angelès.—¿Cómo?

Salud.—Ahumá, porque este se empeñó en retratarse fumándose er puro y sortaba ca bocaná y había ayí una humarea...

Angeles.—Pero ¡qué diablura!

R. Luisa.—¿A quién se le ocurre?

Bermudez.—Es que yo quería hacerle los honores al cigarro e mi general...

Angeles.—Pues con los honores has estropeado la fotografía.

Bermudez.—Lo siento.

Angeles.—(*Devolviendo el retrato.*) Toma.

Bermudez.—Pa usté.

Angeles.—¿Cómo?

Salud.—Esa pa uste, y ésa pa tí, Rosa Luisa. ¡Un recuerdo iestro!

Angelès.—¡Vaya! Muchas gracias.

R. Luisa.—Gracias.

Angeles.—Bueno, y ahora...

Salud.—¡A trabajá, sí, señora! No me diga usté na, que yo sé.

Angèles.—Arréglame las maletas, por favor, porque estoy endo que va a llegar la ocasión de marcharme y no van a tar listas.

Salud.—¡Qué disparate! Un momentito na más pa quitars de encima argunas cosas de estas y en seguidita estamos uí. (*Arrastrando a su marido.*) ¡Anda, tú! ¡A trabajá, que nuestra obligasión!

Bermudez.—¡Pero, bueno, suéltame!

Salud.—¡Ay, no, hijo!

Bermudez.—¡Mi madre! Pero ¿es que vamos a trabajar así? untos siempre? ¡Mujer, que en yunta no trabajan más que s bueyes! ¡Repara un poco!... (*Y ella tirando de él y él retiéndose, desaparecen los dos por la izquierda del foro.*)

R. Luisa.—Yo también voy a entrar a ponerme otra ropa is fresca, porque hace un calor... Se dice de Sevilla, pero mbién Madrid se las trae. ¡Qué bochorno! ¡Hasta ahora, maita! (*Vase por la primera derecha.*)

Angeles.—¡Adiós, hija! Bien. Y a todo esto, ¿qué hora es? *ira su reloj.*) ¡Virgen! Las siete. Es decir, que para lo que queda que hacer todavía, tengo escasamente hora y me-

día... ¡Mucho he de correr! (*Mirando hacia la izquierda.*) Bu
no; lo del pájaro pinto lo aplazaremos para un nuevo viaj
Ahora, que lo del otro pájaro... ¡Lo del otro pájaro hay q
arreglarlo como sea! Aquí no se me queda. ¡Ca! Yo me
llevo a Sevilla, aunque tenga que andar a gatas. Porque
me lo dejo, ¿de qué me habría valido mi labor de este me
No, no, no, no. Ese viene a Sevilla o no soy yo la que... (*U
momento antes ha aparecido por la derecha del foro DON FRA
CISCO JOSE DE ARIMATEA y se ha detenido a la puerta o
servando a Angeles con una dulce sonrisa. Don Francisco lle
los bigotes enhiestos, hacia arriba, como contó Candelaria q
los solía llevar cuando había desembarco.*)

DON FRANCISCO.—¿Estás hablando sola?

ANGELES.—¡Hola, Paco! Puede que sí, hijo. Hay veces
que, si no le damos forma a nuestro pensamiento con pal
bras, no llegamos a verlo claramente.

DON FRANCISCO.—Y ¿en qué pensabas, si no es indiscreta
pregunta?

ANGELES.—En ti.

DON FRANCISCO.—¡Palotes!

ANGELES.—Pero no te envanezcas sin motivo. Pensaba en
simplemente alarmada por tu tardanza.

DON FRANCISCO.—Tienes razón, mujer. ¡Qué día me han d
do en el Ministerio! ¡No parar! (*Se sienta.*)

ANGELES.—Trabajas demasiado, Paco.

DON FRANCISCO.—No lo sabes tú bien.

ANGELES.—Y una temporadita de descanso, lejos de este b
llicio de Madrid, te sentaría a maravilla. ¿No crees?...

DON FRANCISCO.—Ya sueño con ello, ya.

ANGELES.—Y ¿por qué no te animas? La ocasión la tienes
tu mano. Mira. Te vienes conmigo a Sevilla, con lo que, ad
más, me haces la galantería, tú siempre tan galante, de no d
jarme marchar sola; te estás allí el tiempo que gustes, rep
sas de tu trabajo diario y luego te vuelves cuando te parez
contento y feliz, después de haberle echado un remiendo a
vida. ¿No es un programa?

DON FRANCISCO.—Ya me halaga la idea, no te pienses q
no... Sobre todo porque esta separación, esto de irte tú, d
jándome aquí solo, me tiene entristecido y preocupado...

ANGELES.—¡Vamos! Mira que la salida...

DON FRANCISCO.—Aunque no lo creas, que ya sé que no
crees; pero me tiene entristecido, Angeles, porque, pese a

burlas, yo estoy persuadido, te lo juro, hondamente persuadido de haberme enamorado de ti.

ANGELES.—¡Vaya por Dios, hombre! Volvemos a lo de siempre. ¡Mira que si alguien te oye!...

DON FRANCISCO.—Si me oye, ¿qué? Nada me importa. No es un delito, no es un crimen, no es la pasión senil de un viejo por una niña; es el amor, sereno y firme, de un hombre ya maduro por una mujer de su edad...

ANGELES.—¿Eh?

DON FRANCISCO.—¡Bueno, de... casi su edad, para que no te enfades!

ANGELES.—Eso te iba a decir, que me llevas diez años.

DON FRANCISCO.—Ocho.

ANGELES.—Ocho y dos meses.

DON FRANCISCO.—Como quieras. ¿Y qué?

ANGELES.—Nada, hijo, que mejor será que hablemos de otra cosa. ¿No te parece? ¿Cómo no me habías dicho que estaba resuelto lo de Carmelina?

DON FRANCISCO.—Es verdad. Se me olvidó advertírtelo. Tiene uno tantas cosas en la cabeza... Esta mañana he firmado el traslado de Antonino.

ANGELES.—Ya lo sé. Rosa Luisa ha estado a verles y esta noche salen para Marruecos. Los dos le han encargado mucho a mi hija que te diera las gracias por ese nuevo favor, que nunca olvidarán. Y yo también te las doy.

DON FRANCISCO.—No vale la pena, mujer, no vale la pena. En lo que uno puede, uno sirve a la gente. Lo de la Escuela no fué hacedero y no se hizo. ¡Bastante lo sentí!

ANGELES.—Pues ya sabes que ellos te agradecen esto de ahora mucho más.

DON FRANCISCO.—Lo celebro, lo celebro. (*Pausa.*) ¿Has hecho ya tu equipaje?

ANGELES.—Todavía, no. Ya me lo hará Salud, que ha entrado hace un momento y ha ido a despojarse de sus galas de novia.

DON FRANCISCO.—¿A qué hora sale el tren?

ANGELES.—No lo sé fijamente. Creo que a las ocho y pico.

DON FRANCISCO.—Pues no te sobra mucho tiempo.

ANGELES.—Sí, hombre. ¿No has traído el coche?

DON FRANCISCO.—¿Cómo no?

ANGELES.—De aquí a la estación, cinco minutos. Y como ni siquiera tengo que facturar porque llevo las maletas a la mano... ¡Ay! Te aseguro que estoy deseando de verme en mi

casita de Sevilla, tranquila y sosegada, libre de este ajetreo de los viajes, que es un horror lo que me cansan.

DON FRANCISCO.—Ahora ya hará en Sevilla demasiado calor

ANGELES.—Menos que aquí, tonto. ¿No ves que todo lo tenemos preparado para el verano? Y en mi patio, con su verja corrida a las horas del sol, junto a la fuente, entra por la puerta del jardín un airecillo tan fresco y tan suave, tan lleno del perfume de las flores, que da gozo sentarse en aquellas mecedoras a dormir o a soñar... (*Suspira como en éxtasis.*) ¡Mi patio sevillano! (*Y mira de reojo a don Francisco.*)

DON FRANCISCO.—(*Suspirando también, acariciado por el recuerdo.*) ¡Ay! (*Levantándose.*) ¡No evoques, hija, no evoques! (*Pasea preocupado bajo la mirada maliciosa de Angeles.*)

ANGELES.—Bueno, ¿qué? ¿Me acompañas?

DON FRANCISCO.—¿Cómo?

ANGELES.—Que si me acompañas a Sevilla.

DON FRANCISCO.—No sé, no sé...

ANGELES.—¡Vamos, hombre! ¡Decídete! ¿Por qué no te decides?

DON FRANCISCO.—(*Después de un rato de lucha.*) Bien está ¡Me decido!

ANGELES.—¡Vaya!

DON FRANCISCO.—Pero con una condición.

ANGELES.—¿Cuál?

DON FRANCISCO.—La de que tú y yo hemos de casarnos.

ANGELES.—¡Muchacho! Y eso ¿a qué viene?

DON FRANCISCO.—A que sin esa seguridad no me voy contigo.

ANGELES.—Pues, bueno, hombre; si te empeñas... A mí lo mismo me da. Será un casamiento de mutua conveniencia. Después de todo, yo necesito un hombre que me ampare, tú una mujer que te cuide... Perfectamente. Nos casaremos. ¿A que te voy a dar ese disgusto?

DON FRANCISCO.—(*Apasionadamente.*) ¡Angeles!

ANGELES.—¡No; romanticismos, no! Casarnos, bueno; pero sin romanticismos, Paco. Dos buenos amigos que se juntan para realizar un asunto que creen que les conviene y nada más. Mira mis canas y mírate tu calva al despertarte, cuando aún el peine no haya ejecutado en tu cabeza toda esa labor de taracea.

DON FRANCISCO.—¡Eres muy cruel!

ANGELES.—Pero muy práctica. Y no estoy dispuesta a que los demás se rían ni de ti ni de mí. ¡Con que ya lo sabes!

DON FRANCISCO.—Pero ¿me querrás algún día?

ANGELES.—Eso es distinto. Quererte, te puedo querer desde hora mismo; pero para nosotros, sin que nadie se entere.

DON FRANCISCO.—¿Es cierto, Angeles?

ANGELES.—No acostumbro a mentir. ¡Es cierto!

DON FRANCISCO.—¡Me haces el más dichoso de los hombres!

ANGELES.—En procurarlo, al menos, he de poner toda mi voluntad.

DON FRANCISCO.—(*Cogiéndole una mano.*) ¡Angeles! (*Por la izquierda del foro aparece SALUD, sin el velo y sin el azahar, pero conservando su vestido negro.*)

ANGELES.—(*Apartando a don Francisco al ver entrar a SALUD.*) ¡Quita, hombre! ¡Suelta! ¡La muchacha!...

SALUD.—Cuando la señora quiera...

ANGELES.—Ya mismo. (*A don Francisco.*) ¡Y anda tú, si vas a preparar el tuyo!

DON FRANCISCO.—¡En un vuelo! (*Angeles y Salud se van por la segunda derecha y don Francisco se dirige hacia la izquierda en el momento en que por dicho sitio sale PACHIN. Al verle, don Francisco le abre los brazos.*) ¡Pachín!

PACHIN.—¡Vamos, chico! ¡Ya era hora de que te dejases ver!

DON FRANCISCO.—¡Abrázame, Pachín, abrázame!

PACHIN.—¡Bueno, hombre! (*Lo abraza.*) Abrazado. ¿Qué te pasa?

DON FRANCISCO.—¡Que soy feliz!

PACHIN.—¿Tú?

DON FRANCISCO.—¡Que me voy con ella!

PACHIN.—¿Con quién?

DON FRANCISCO.—Con Angeles.

PACHIN.—¡No!

DON FRANCISCO.—¡Sí!

PACHIN.—¡No! ¡Imposible! ¡Estás loco! ¿Qué vas a hacer? Recapacita, Paco!

DON FRANCISCO.—Es inútil. No me convencerás esta vez, viejo y mal consejero. ¡Me voy con ella a Sevilla! Y oye aquí, en secreto, una cosa (*Al oído de Pachín.*) ¡En Sevilla está el señor! (*Vase alegremente y de puntillas por la izquierda, dando a Pachín en actitud de escuchar.*)

PACHIN.—Con música de Rossini. Ya lo sé. (*Dándose cuenta de la marcha de Paco.*) ¡Pero, escucha, Paco, atiende!... ¡Pues no es lo peor que podía suceder. Sí, porque si se lo lleva... ¡adiós mi dinero! Es decir, adiós mi dinero, que yo hago mío. ¡Me he lucido, como hay Dios! Bueno, una mujer así es capaz... Y este pobre idiota, con sus bigotes citando a banderi-

llas, si se habrá creído que ella... (*De pronto se vuelve y se encuentra a ANGELES que, apoyada en el quicio de la segunda puerta de la derecha, le mira sonriente.*)

ANGELES.—¿Qué hay, don Pachín?

PACHIN.—¡Señora!... ¡Se ha portado usted!

ANGELES.—¿Cómo?

PACHIN.—Permítame usted que la felicite. ¡Buena faena! ¡Buena faena!

ANGELES.—No comprendo...

PACHIN.—¿De modo que se lleva usted a ese hombre?

ANGELES.—¿A qué hombre?

PACHIN.—¡Es usted implacable!

ANGELES.—¿Por qué?

PACHIN.—¡Se empeñó usted en hacerse dueña de esta casa y hasta que se ha salido con la suya!

ANGELES.—Y usted lo siente porque le quito el puesto.

PACHIN.—¿Eh?

ANGELES.—Porque teme usted perder la sopa boba, quedarse de nuevo a la ventura... ¿No es eso?

PACHIN.—¡Bah! A costa de lo que usted lo ha conseguido cualquiera. Todo a fuerza de arrastrarse, de dar betún...

ANGELES.—¡Alto allá, don Pachín! ¡Mucho cuidado con lo que se habla! Que aquí el único que da betún, y se lo da hasta en las cejas, es usted. Y bien malo, por cierto, que así por usted, en cuanto se sienta, los pañitos de los sillones.

PACHIN.—¡Señora!...

ANGELES.—¡Me llevo a Paco! O mejor expresado, me acompaña a Sevilla. ¿Y qué? A usted ¿qué? ¿Lo aprueba usted? Bien. ¿No lo aprueba? Igual. ¡Me lo llevo! Y ahora, oiga usted, para que acabe de morirse de rabia, una cosa en secreto.

PACHIN.—Sí, que en Sevilla está el amor. ¡Ya me lo ha dicho el otro!

ANGELES.—¡Que en Sevilla, Paco y yo nos vamos a casar!

PACHIN.—(*Dando un puñetazo en una mesa, preso de gran indignación.*) ¡Marculeta!

ANGELES.—(*Tomando el rábano por las hojas y enfureciéndose.*) ¡Palabrotas no se las tolero a usted ni a nadie! ¿Me entiende usted? ¡Grosero! ¡Mal educado! (*A gritos.*) ¡Paco! ¡Paco!

PACHIN.—¡Señora, por Dios! Pero yo ¿qué he dicho?

ANGELES.—¡Usted sabrá! ¡Paco!

PACHIN.—(¡La he pringao a última hora con mis nervios!

ANGELES.—¡Paco! (*Por la izquierda, a las voces de Angeles, alen DON FRANCISCO JOSE DE ARIMATEA y PABLO.*)

DON FRANCISCO.—¿Qué hay?

PABLO.—¿Qué ocurre?

ANGELES.—(*A don Francisco.*) ¡Echa ahora mismo a este se-or a la calle!

DON FRANCISCO.—¡Pachín! Pero ¿qué has hecho, hombre?

PACHIN.—¡Chico, no sé!

ANGELES.—¡Echalo, Paco! ¡Salga usted de aquí inmediata-ente!

DON FRANCISCO.—¡Ya lo oyes! Ella lo manda y a ti sólo te oca obedecer. ¡Vete, Pachín, vete!

PACHIN.—¿Eh? ¿Que tú me echas? ¿Que tú me arrojas de a casa?

PABLO.—Pero, ¿por qué ha de irse?

ANGELES.—¡No le defiendas, Pablo!

PABLO.—¡Le defiendo porque es mi amigo!

ANGELES.—¿Tu amigo quien te cobra por devolverte unas car-as dos mil pesetas, paga por ellas cincuenta duros y se que-a con el resto hasta siete mil reales? ¡Vamos, Pablito!...

PACHIN.—(*Apabullado.*) (¡Mi tía la de Burgo de Osma! Pe-o ¿por dónde sabe esta mujer?...)

PABLO.—¿Es eso cierto, Pachín?

ANGELES.—¿A que no lo niega?

DON FRANCISCO.—¡Habla, Pachín! ¡Defiéndete!

PACHIN.—¡Vaya, vaya, está visto que todo se conjura contra í! ¿Para qué defenderme? Se defiende quien lo necesita. Yo, o. ¡Mi conducta me abona!

ANGELES.—Siempre tiene usted quien le abone algo. ¡Qué uerte!

PACHIN.—(*Después de dirigirle a Angeles por toda contesta-ión una mirada de profundo desprecio.*) Salgo de esta casa hado por vosotros, ¡eso sí!, pero con mi conciencia muy tran-uila, con la frente en las nubes.

ANGELES.—¡A ver si le llueve el maná! Pero no sueñe, don achín. Primos como estos no crea usted que caen todos los as.

PACHIN.—(*Negro.*) ¡Bueno, señora, a mí!... (*Exaltándose ca- vez más por encontrar una frase gallarda para marcharse y o conseguirlo.*) ¡A mí es que me!... ¡Yo es que si yo!... ¡Yo es onseguirlo.) ¡A mí es que me!... ¡Yo es que si yo!... ¡Yo es e si ya!... ¡Si yo, si ya!... (*Optando por dejarlo y despi-éndose con naturalidad.*) ¡Adiós! ¡Muy buenas! (*Y sale olím-*

picamente por la derecha del foro. Angeles, don Francisco Pablo suelten la carcajada.)

DON FRANCISCO.—¡Pobre Pachín!

PABLO.—¡Las ha pasado negras!

ANGELES.—¡Más corrido va que una mona!

DON FRANCISCO.—¡Déjame que te mire, Angeles! ¡Eres una mujer! Pero, así, con muchas admiraciones. ¡¡¡Una mujer!!!

PABLO.—¡Y una madre!

ANGELES.—¿Por qué, hijo?

PABLO.—Ya me ha contado papá que fué usted quien le pidió el traslado de Antonino. ¡Nos vió usted aquella tarde!...

ANGELES.—¡Claro que sí! ¿No había de veros?

PABLO.—Y en lugar de decírselo a Rosa Luisa, se limitó usted a solicitar de mi padre que los alejara de Madrid.

ANGELES.—Me pareció lo mejor. Quien quita la ocasión...

PABLO.—(*Conmovido.*) ¡Qué buena es usted! Ha sido usted muy buena para mí. ¡Déjeme usted que la abrace!

ANGELES.—(*Abriéndole sus brazos.*) ¿Cómo no?

PABLO.—(*Abrazándola.*) ¡Madre! ¡Perdón!

ANGELES.—(*Afectada y con lágrimas en los ojos y en la garganta.*) ¡Hijo! ¿Me llamas madre y no te he de perdonar? (*Con ternura.*) ¡Hijo mío! (*Un rato permanecen abrazados. Don Francisco contempla el cuadro con emoción; quiere hacerse el fuerte, pero no puede contener que una lágrima le resbale por su mejilla. Se rehace inmediatamente al ver que ROSA LUISA sale por la primera derecha con un traje de casa elegante y bonito.*)

DON FRANCISCO.—(*Previniendo a Angeles y a Pablo.*) ¡Cuidado, que sale Rosa Luisa!

R. LUISA.—(*Al ver abrazados a Pablo y a su madre.*) ¿Y de despedida?

DON FRANCISCO.—(*Cortándole el paso a Rosa Luisa.*) Ya. ¡Me voy con ella! ¿No lo sabes, pitusa?

R. LUISA.—¿Sí? ¡Ay, qué gusto!

DON FRANCISCO.—¡Palotes!

R. LUISA.—(*Yendo hasta Angeles.*) ¿De veras, mamá?

ANGELES.—(*Mostrándosela a Pablo.*) Aquí la tienes. ¡Quiérela mucho, hijo, quiérela mucho, que todo se lo merece!

R. LUISA.—Pero ¿estáis llorando?

ANGELES.—No.

DON FRANCISCO.—(*Cortando la situación violenta.*) Bueno, bueno... ¡A ver si entre unas cosas y otras perdemos el tren! ¡Que vayan bajando el equipaje! (*Llevándose a su hijo.*) ¡Anda, Pa

lo! ¡Bermúdez! (*Desaparecen por la izquierda don Francisco y Pablo.*)

ANGELES.—(*Yendo hasta la segunda derecha.*) ¡Vamos, Salud! Está ya eso? (*Por la segunda derecha sale SALUD cargada con todo el equipaje de su señora.*)

SALUD.—Sí, señora.

ANGELES.—¡Pues, anda!

(*Salud se va por la derecha del foro. Por la izquierda sale ERMUDEZ con el equipaje del general y también se marcha or la derecha del foro. Bermúdez lleva su puro en la boca y ruza la escena echando más humo que una locomotora.*)

R. LUISA.—¡Mamá!

ANGELES.—¡Hija! Ofrecí limpiarte de abrojos tu camino y mpio lo tienes. Nada queda aquí ya que pueda empañar el cie- de tu dicha.

R. LUISA.—¿Cómo pagarte?

ANGELES.—(*La besa.*) Así. Ya estoy pagada.

R. LUISA.—¡Cuánto te debo, mamaíta!

ANGELES.—¡Calla, tonta! ¿Deberme tú? ¿Qué no hará una adre por conseguir la felicidad de su hija? (*Viendo salir por izquierda a DON FRANCISCO JOSE DE ARIMATEA hablan- con PABLO. Don Francisco lleva sombrero puesto, gabán al razo y un maletín.*) Ya ves. ¡Hasta cargar con don Francisco sé de Arimatea Quiñones de no sé qué y Pérez de no sé antos!...

R. LUISA.—(*Abrazándola.*) ¡Mamá!

DON FRANCISCO.—(*A Angeles.*) Pero ¿aún estás así, criatura?

ANGELES.—¡Ya voy, hombre; ahora voy! No te impacientes. *ase por la segunda derecha.*)

PABLO.—Supongo que nos telegrafiaréis a la llegada.

DON FRANCISCO.—No paséis cuidado ninguno. Se os telegrafiará.

(*Por la derecha del foro aparecen SALUD y BERMUDEZ.*)

SALUD.—Ya están en el coche las maletas.

BERMUDEZ.—¡Que lleven los señores buen viaje!

DON FRANCISCO.—¡Gracias, Bermúdez, gracias!

(*Por la derecha, segunda puerta aparece ANGELES como sa- en el primer acto. En las manos lleva un manojo de cla- es, un maletín y el perro.*)

ANGELES.—(*A Don Francisco.*) Por mí, cuando tú quieras.

DON FRANCISCO.—¡Pues, vamos!

ANGELES.—¡Rosa Luisa!... (*Quiere darle un abrazo, pero con ta cosa como lleva en las manos no puede y a Don Fran- co, que es el que encuentra más cerca, le hace entrega*

del perro.) ¡Tenme ahí un momento, hombre, que me despida siquiera de mi hija!

DON FRANCISCO.—(*Con gesto de sorpresa.*) ¿Eh? ¿Yo con el perro?

ANGELES.—(*Sin hacerle caso y obligándole a cogerlo.*) ¡Ten ahí, pesado!

DON FRANCISCO.—(*Tomando el perro con marcada repulsión.*) ¡Vaya por Dios!

ANGELES.—(*Abrazando a su hija.*) ¡Adiós, reina mía!

R. LUISA.—¡Adiós, mamá! (*Madre e hija salen abrazadas por la derecha del foro, seguidas de Pablo, Salud y Bermúdez. El último en salir es Don Francisco, que no sabe qué hacer con el perro.*)

DON FRANCISCO.—¡Ah, no! Esto, no; esto, no. ¡El perrito, no! ¡En cuanto nos metamos en el tren, lo tiro por la ventanilla! (*Creyendo que le va a mordez.*) ¡Chucho! (*Desaparece por la derecha del foro y cae el telón.*)

FIN DE LA COMEDIA

TEATRO ESCOGIDO

TOMO 1

La chica del gato.

El señor Adrián, el primo, o que malo es ser bueno.

Las estrellas.

Prólogo de JOSE CARNER.

TOMO 2

Es mi hombre.

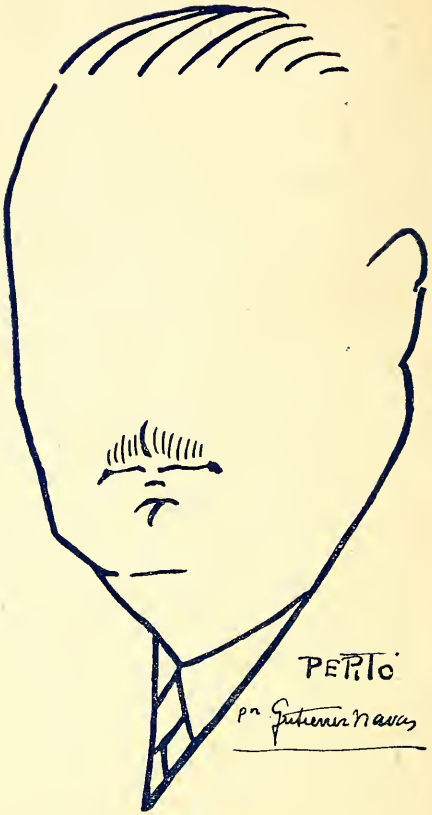
La señorita de Trevelez

Los milagros del jornal

Prólogo de RAMON PEREZ DE AYALA.

CARLOS ARNICHES

EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de San Vicente, 18
M A D R I D



Fernández del Villar.

RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID